

941



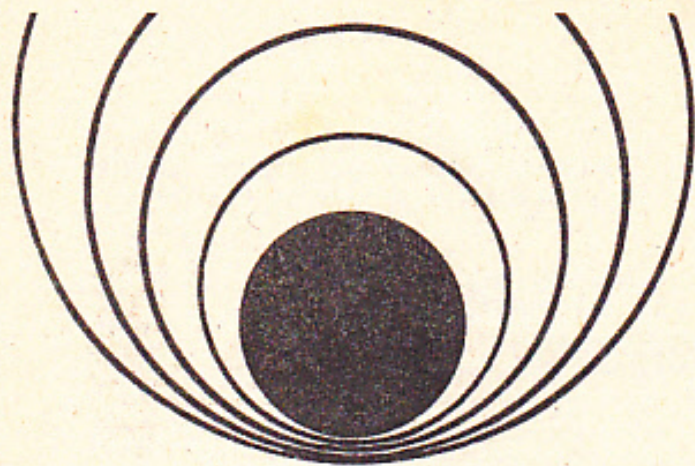
**ROJO
DE LABIOS**

Lou Carrigan

Lou Carrigan

ROJO DE LABIOS





PUNTO ROJO



LOU CARRIGAN
ROJO DE LABIOS

Colección PUNTO ROJO n°
941 Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

En Colección LA HUELLA:

140 — Tempestad en un vaso de agua.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

447 — Cuartel de rurales.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

265 — Sekreten Polizeiken

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

361 — Ha pasado un *marshal*.

En Colección PUNTO ROJO:

933 — Dulce y angelical Ophelia.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.550 — Alto, guapo, moreno y golfo.

ISBN 84-02-02520-X Depósito legal: B. 8.276 - 1980

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: mayo, 1980

© Lou Carrigan - 1980

texto

© Désilo - 1980

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. Mora la Nueva, 2 Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. Parets
del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1980

John Prescott, que sólo tenía puesta la chaqueta del pijama, se quedó mirando con malicia a Rebeca, su esposa, que alargaba la mano hacia el camisón de dormir.

—Te sugiero que no te molestes —dijo, sonriendo.

Rebeca, desnuda, miró con fatigada sonrisa a su marido.

—Oh, John... Esta noche, no. ¡Con lo cansados que estamos los dos!

—Bueno —Prescott se puso en pie, se acercó a ella, y le puso las manos sobre los desnudos senos—, un poco de cansancio más no importará. Mañana podemos levantarnos más tarde... ¡Y nosotros también tenemos derecho a pasarlo bien! ¿O no?

Rebeca miraba sonriente a su marido, el mayordomo de la lujosa mansión en la que ella era cocinera. Hasta allí, hasta su dormitorio en la planta baja de la quinta, llegaba la música del salón, donde el señor Morgan daba la fiesta. Hasta hacía poco habían estado atendiendo a los invitados, ayudados por Topsy, la camarera de raza negra. Una cena espléndida, y luego champaña y música en el salón... Los invitados se divertían, ciertamente. Todos excepto, quizá, la preciosa señorita Lavinia, que no estaba para fiestas: ¡Pobre muchacha!

—Tienes razón —asintió Susan—. ¡Nosotros también tenemos derecho a pasarlo bien.

—Eso pensaba yo. Y puesto que el señor Morgan ha sido tan amable de permitir que nos retirásemos ya, dejándolos solos, creo que debemos aprovechar la ocasión.

—John: eres un sátiro.

—Bueno —refunfuñó el mayordomo—, no sé a qué viene esto. Lo único que estoy haciendo es pedirle a mi esposa que hagamos el amor. ¿Eso es ser un sátiro?

—Sí, cuando se hace con tanta frecuencia. Ya no somos unos jovencitos, Johnny.

—Vaya, tampoco somos unos ancianos, me parece a mí. A los cincuenta y dos años una persona todavía puede disfrutar de la vida. Y la verdad, aparte de esto no tenemos mucho más.

—Eso es cierto —tuvo que aceptar Susan—. Trabajar para que los demás se diviertan resulta un poco irritante.

—No pensemos en ella. Ya estamos acostumbrados... Oye, dejé una botella de champaña en la cámara. ¡La voy a buscar!

—¡Oh, estupendo! ¡Pero ponte los pantalones, al menos!

—Claro, mujer —rió Prescott.

Se puso los pantalones del pijama, salió del dormitorio y se deslizó hacia la cocina, muy cerca de las dependencias destinadas

al servicio. Ahora oía mejor la música, y hasta alguna risa. Sí, señor, lo estaban pasando estupendamente todos. O casi todos. Pero el que debía estar más contento, sin duda, debía ser el señor Morgan. ¡El muy granuja! A los cincuenta años, viudo hacía ya casi tres, se iba a casar dentro de poco con una preciosa muchacha de veintitantos. No llegaba a los treinta, eso era seguro. ¡Vaya con el señor Morgan, qué exquisito bocado se había buscado!

Pensando en esto y en otras cosas diversas, John Prescott llegó a la cocina, cogió la botella que había dejado en previsión de la agradable perspectiva que le esperaba con su esposa, y regresó junto a ésta.

Poco después, ellos también reían, bebían champaña, y escuchaban música. No la del salón, ahora, sino la suya propia, en el tocadiscos. Todavía rieron más cuando John comentó que quizá Topsy, la negrita, y Jeremy, el chófer-jardinero de la quinta, estuviesen también pasándolo estupendamente. ¿Y por qué no? ¿Acaso ellos no tenían tanto derecho como el resto del mundo?

Debían ser las once de la noche.

Hacia las doce, el matrimonio Prescott, completamente agotados, pero satisfechísimos de su velada privada, se daban el último beso, y se disponían a dormir uno junto a otro. La fatiga de todo aquel día de ajeteo era tal que se durmieron inmediatamente.

No se dieron cuenta, por lo tanto, de que poco a poco también la fiesta en el salón de la quinta iba cediendo. Ni se dieron cuenta de cuando llegó el silencio total.

Pero sí percibieron, de pronto, el tremendo trallazo del disparo, y los dos se sentaron en la cama de un salto, sobresaltadísimos. ¿Qué... qué ha sido eso? —jadeó Susan, cuyo corazón parecía a punto de estallarle en el pecho.

CAPITULO PRIMERO

Un solo balazo en el pecho, un poco hacia la izquierda y por tanto en el corazón, había sido, evidentemente, la causa de la muerte. Allí no había misterio alguno.

El cadáver del hombre, en pijama, bata y pantuflas, yacía en el sillón, sentado todavía, aunque un tanto deslizado hacia el borde del asiento. Seguramente, al recibir el impacto había saltado un poco, y de ahí el deslizamiento. Tenía los ojos abiertos en un gesto de sobresalto, de espanto final. Seguramente, no había esperado aquello, y, al ver la pistola apuntándole, se había sobresaltado. Lógico. Tampoco aquí había precisamente un gran misterio.

Tenía la boca un poco torcida. En su mano derecha se veía un manchurrón de sangre, y esto también se explicaba fácilmente: al recibir el balazo en el corazón, todavía, por movimientos reflejos, había llevado la mano a la herida mientras brincaba, y luego se había desplomado.

A decir verdad, ni siquiera hacía falta el forense para determinar la hora de la muerte, pues el disparo había despertado a casi todos los ocupantes de la casa, y varios se habían fijado en la hora. La hora en que había sonado el disparo: la una y diez de la madrugada.

Alastair Forrest, teniente de Homicidios del Departamento de Policía de Wichita Falls, Texas, se apartó por fin del cadáver, y se acercó al lugar donde yacía la pistola. Una «Colt 22». Estaba junto a un sillón que se hallaba encarado al que ocupaba el cadáver, separados uno de otro por apenas tres metros.

El sargento Nickers murmuró, junto a Alastair:

—El dueño de la casa dice que la pistola es suya, Alastair. La tenía siempre en un cajón de la mesa de su despacho.

Forrest asintió. Luego, echó otro vistazo de conjunto. Estaban en la biblioteca de la casa. Una biblioteca magnífica tanto en su aspecto como en su contenido. Libros y más libros. Buenos cuadros, mullidas alfombras, mobiliario lujoso y serio. Todo al máximo confort. Todo serio.

No había señales de violencia en parte alguna, ni de desorden. Salvo, claro está, la violencia y desorden que representaba un cadáver muerto de un balazo.

—Los muchachos están esperando para empezar —dijo Nickers.

Forrest asintió de nuevo, terminando su circular vistazo a tan culto lugar. Un asesinato en una biblioteca. Lamentable. Claro que todos los asesinatos son lamentables.

De nuevo concentró Alastair su atención en la reducida escena del asesinato: los dos sillones, la pistola caída en el suelo, el cadáver. El sillón que ocupaba el cadáver estaba junto a una

mesita cuadrada, de superficie de cristal, en la que había una lámpara encendida. Junto a la lámpara había un libro, un cenicero, un paquete de cigarrillos marca Mogador, y un encendedor. No había ninguna colilla en el cenicero de la mesita, pero sí la había en el suelo, cerca del pie izquierdo del cadáver. En el cenicero sólo había un poco de ceniza. Y en el suelo, el cigarrillo había terminado de consumirse solo, dejando una oscura mancha en la alfombra. Por fortuna, no había sido suficiente aquel cigarrillo casi terminado para provocar un incendio.

Junto al sillón cerca del cual se veía la pistola, había un cenicero de pie. En este cenicero sí se veía una colilla apagada, además de ceniza.

Esta colilla, precisamente, era lo que más llamaba la atención del teniente Alastair Forrest. Se inclinó para contemplarla de nuevo con detalle. Sí, en el filtro del cigarrillo había un par de pequeñas manchas de carmín.

Alastair movió la cabeza, se irguió, y miró a Nickers.

—Bueno, Derek, que empiecen. Dirige tú todo esto, ¿quieres? Yo hablaré con esas personas.

—Si no te importa, preferiría acompañarte. Los muchachos saben perfectamente lo que tienen que hacer aquí.

—De acuerdo, como quieras.

Salieron los dos del salón, donde comenzó a trabajar el equipo técnico, comenzando por la obtención de fotografías. Afuera, en la explanada frente a la casa, había tres coches de la policía, uno de ellos un patrullero, cuya dotación vigilaba el exterior. Eran las dos menos cinco minutos de la madrugada.

En el salón, todos con ropa de dormir y bata, esperaban las personas que habían estado presentes en la casa cuando sonó el disparo que los despertó a casi todos. Y los que no despertaron del disparo, despertaron con los gritos de los demás. De un vistazo, Alastair captó el ambiente del salón: todo estaba lleno de copas y botellas, y de ceniceros rebosantes de puntas de cigarrillos. La cosa estaba clara también en este punto: había una fiesta, y luego, dejando para los criados el orden del salón, el dueño de la casa y sus invitados se habían retirado a descansar. Todo estaba claro y evidente allí. Todo, salvo la personalidad del asesino o asesina, claro. En este caso, asesina. Una mujer había matado al señor Waldo Kensler, uno de los invitados, según *parecía* evidente. Como consecuencia de esto, otra mujer, Susan Kensler, la reciente viuda, sollozaba todavía en pequeños intervalos entre los cariñosos brazos de sus amigas también invitadas a la casa de Jebediah Morgan, el millonario.

—¿Señor Morgan? —llamó Alastair.

El propietario de la casa se acercó, sombrío el gesto. Cincuenta años, grueso, alto, fuerte, calvo, de aspecto sano, de mirada inteligente, quizá un tanto dura. Gran contraste con Alastair Forrest, que medía metro ochenta y tres, era rubio, y sus angulosas facciones bronceadas parecían iluminadas por dos estrechos, alargados, resplandecientes ojos grises. Un rostro notable el de Alastair Forrest, sin duda.

—Diga, teniente.

—Mucho me temo que la velada va a ser un poco larga..., a menos, claro está, que el caso se solucione inmediatamente gracias a la confesión del autor del crimen. ¿Quizá alguno de sus invitados ha admitido haber disparado su pistola, señor Morgan?

—Claro que no —masculló éste—, Y usted no tiene derecho a suponer eso, teniente.

Alastair de desconcertó.

—No le comprendo —murmuró.

—¿Con qué base dice usted que hemos sido uno de nosotros? Pudo haber sido un ladrón que...

Morgan no dijo nada más, porque se dio cuenta del modo en que le miraba el teniente de Homicidios: absolutamente pasmado. No obstante, Alastair era muy cortés, de modo que ante el súbito silencio del dueño de la casa, pidió:

—Siga, siga usted, señor Morgan. Le escucho con gran interés, se lo aseguro.

—Usted no está dispuesto a creer que haya sido un ladrón.

—No. Y a poco que usted reflexione, también tendrá que comprenderlo así. Usted tenía la pistola en un cajón de la mesa de su despacho, que está contiguo a la biblioteca, ahí al lado. ¿Realmente piensa que un ladrón entra en la casa, toma la pistola de su despacho, entra aquí, dispara contra el señor Kensler, deja caer la pistola, y se va?

—Esas cosas pasan, ¿no?

—Bueno, pasan cosas parecidas, quizá. Pero en este caso, no ha sido así, ni nada parecido. Para mí, por el momento, es evidente que el señor Kensler estaba sentado en la biblioteca, conversando con alguien que se hallaba sentado frente a él. Los dos fumaban. De pronto, la persona que conversaba con el señor Kensler le dispara y le mata.

—Y según usted, ha sido alguien de la casa.

—Sí, señor.

—Pues tendrá que demostrarlo.

—Ese es mi trabajo, señor Morgan. Y generalmente, las personas honradas suelen colaborar en mis investigaciones aportando sus informes.

—De acuerdo. ¿En qué puedo colaborar yo?

—Podría empezar, si es tan amable, presentándome a sus invitados y a sus empleados.

Jebediah Morgan asintió y se dispuso a presentar a Alastair a todos los presentes. En realidad, Alastair podía haber concentrado directamente todo su interés en las mujeres, teniendo en cuenta el cigarrillo manchado de carmín, pero no tenía ninguna prisa..., ni tenía la menor intención de obstinarse en buscar una mujer. A veces se producen sorpresas.

Morgan presentó primero a los criados, que permanecían juntos aparte: la negrita Topsy, cuyos ojos parecían dos huevos; el chófer y jardinero Jeremy Buckee, un sujeto robusto de unos treinta años; el matrimonio Prescott, mayordomo y cocinera, ambos en la cincuentena...

Los invitados era:

Cameron Lippman, apuesto individuo de unos treinta y cinco años, de mirada inteligente, gesto seco, que contempló hoscamente a Alastair. Angus y Mabel Cavendish, matrimonio de edad madura, amigos de toda la vida del dueño de la casa. Lavinia Travers, una preciosa muchacha pelirroja de ojos verdosos que hizo parpadear un instante a Alastair. Dexter y Lucille Basehart, otro matrimonio de edad madura, como los Cavendish, y también amigos de siempre de Morgan y de los Cavendish. Helen Jones, una preciosa rubia, cercana a los treinta, que contemplaba con curiosidad simpática al teniente de Homicidios. Y por último, Susan Kensler, esposa de la víctima, que seguía sollozando con intermitencias entre los consoladores brazos de Lavinia Travers, Mabel Cavendish, Lucille Basehart, y, aunque con menos confianza, en los de la rubia señorita Jones. Una rubia preciosa. Aunque la pelirroja...

¿Cuál de estas personas podía haber matado a Waldo Kensler, el hombre que, a sus cincuenta y pocos años de vida había llegado al final? Podía ser cualquiera, incluida la esposa. Pero, salvo que la pista del rojo de labios en el cigarrillo Mogador funcionase de modo tajante, Alastair comprendió que el caso le iba a resultar difícil. Los Basehart y los Cavendish, así como Jebediah Morgan, eran amigos de siempre de la víctima, y además socios de ésta en muchos negocios. Cameron Lippman, un joven ejecutivo de la compañía central de aquellos ricos asociados, tenía que ser un hueso duro de roer. Lavinia Travers y Helen Jones eran tan bonitas que costaba imaginarlas matando a un ser humano..., y hasta a una mosca. ¿Jebediah Morgan? A Alastair, en principio, le pareció absurdo que matase a uno de sus invitados.

¿Los criados? ¿Qué podían tener que ver los criados con uno de los ricachos invitados de su patrón?

No. Había que centrar la investigación en los invitados, y, entre

éstos, en las mujeres: Lavinia Travers, Helen Jones, la señora Basehart, la señora Cavendish..., y la señora Kensler, la viuda. Cinco mujeres. Cualquiera de ellas podía haber dejado aquella marca en la parte del filtro del cigarrillo Mogador.

Alastair agradeció a Morgan con un gesto las presentaciones, y preguntó:

—¿Puedo saber cuál era el motivo de la fiesta, señor Morgan?

—Anunciarles privadamente a mis amigos, antes de hacerlo público, mi compromiso matrimonial con la señorita Jones —gruñó el dueño de la casa.

Alastair miró a la rubia y preciosa Helen Jones, pero no hizo comentario alguno, ni en su rostro se reflejó expresión reveladora de sus pensamientos.

—¿Sus amigos viven lejos de Wichita Falls, señor Morgan?

—No demasiado. En las zonas residenciales... Pero sabíamos que la fiesta se alargaría un poco, y puesto que mañana es fiesta, pensé que sería buena idea que se quedasen aquí y mañana seguir disfrutando de su compañía. No nos reunimos todos con frecuencia, teniente.

—Sí, comprendo eso. Aunque de todos modos, sí deben verse con frecuencia en la empresa.

—Ah, sí, allí sí. Y salimos a comer por ahí, a tomar unas copas... Pero una velada así, todos juntos, hada tiempo que no se celebraba. Me pareció buena idea.

Alastair se limitó a mover la cabeza ante el último comentario de Morgan. ¿Buena idea? Realmente, siempre es una buena idea la de reunirse un grupo de amigos, pero era obvio que alguien no era tan amigo del asesinado Waldo Kensler como podía pensarse. Y esto porque a medida que, mientras hablaba, Alastair pensaba en la escena de la biblioteca, se iba convenciendo de que la muerte de Kensler había sido algo planeado. Por una razón muy sencilla: quien había ido allí a hablar con él a aquella hora en que se suponía que todos estaban en sus habitaciones, había llevado la pistola de Jedediah Morgan. ¿Para qué otra cosa sirve mejor una pistola que para matar?

—Por lo que entiendo —dijo Alastair—, todos ustedes estaban en sus habitaciones cuando sonó el disparo. ¿O quizá alguno se hallaba en otro lugar?

Fue mirando rápidamente, con gesto interrogante, a todos. Nadie dijo nada. Es decir, que ratificaban su postura: todos estaban en sus respectivas habitaciones.

De nuevo asintió Alastair.

—Es obvio, y ustedes lo están comprendiendo así, que no todos estaban en sus habitaciones. El señor Kensler no estaba solo en la biblioteca en determinado momento: el momento del disparo. Por lo

tanto, alguien estaba con él...

Estuvo a punto de añadir: una mujer que fumó un cigarrillo, pero se calló a tiempo esta última observación. Todos le miraban en silencio, eso era todo. Alastair volvió su mirada hacia la señora Kensler, que le miraba como asustada.

—¿Estaba usted dormida cuando sonó el disparo, señora?

—Sí... Sí, sí.

—¿Sabía que su marido no se hallaba en la habitación?

—No. Yo... yo estaba muy cansada, habíamos bebido bastante, y habíamos bailado, y bromeado... Me dormí en seguida, en cuanto nos acostamos.

—¿Qué hora era entonces?

—No sé...

—Nos retiramos todos a las doce y media aproximadamente —dijo la pelirroja Lavinia Travers.

Alastair la miró, e hizo un gesto de agradecimiento. Luego, volvió a mirar a la esposa del asesinado Waldo Kensler.

—Usted se durmió, y, evidentemente, su marido se puso la bata, y bajó a la biblioteca. ¿Solía hacer esto con frecuencia? En su casa, quiero decir.

—Sí, con cierta frecuencia se quedaba en su despacho trabajando hasta tarde. O leyendo.

—Parece que su marido no podía trabajar esta noche, estando en otra casa. Y las doce y media es quizá una hora tardía para dedicarse a leer, sobre todo después de una fiesta un poco agitada... Lo que trato de decir es que debía tener otros motivos para bajar a la biblioteca cuando todos estaban durmiendo. ¿Tiene usted alguna idea al respecto, señora?

—No, ninguna.

—¿El no comentó algo sobre eso?

—No, no.

Alastair Forrest permaneció pensativo unos segundos, antes de murmurar:

—Espero que todos ustedes entiendan que la idea sugerida por el señor Morgan de que el señor Kensler fuese muerto por alguien que vino a robar, es absurda. Claro está que efectuaremos una investigación a fondo en todos los accesos a la casa, pero debo decirles que la primera inspección, ocular, es bastante clara al respecto: no hay señal de violencia alguna en ninguna parte.

—Es decir —dijo serenamente la bella Helen Jones—, que al señor Kensler lo ha matado alguien que está aquí ahora.

—Eso parece lo más probable, señorita Jones.

—Puede que a usted le parezca lo más probable —dijo secamente el apuesto Cameron Lippman—, pero a nosotros nos

parece disparatado, teniente.

—Comprendo su punto de vista —asintió Alastair—, pero las evidencias no admiten mucho margen, señor Lippman.

—¿Qué evidencias?

Alastair estuvo de nuevo a punto de hacer un comentario sobre el cigarrillo manchado de carmín, pero de súbito le llegó una nueva idea: ¿era posible que ese cigarrillo hubiese sido fumado por una mujer *antes* del momento de la muerte de Waldo Kensler? Porque, bien mirado, el hecho de que la asesina dejase allí el cigarrillo manchado de carmín le pareció, de pronto, un descuido inadmisibles. Pero, ¿qué podía pensarse de una persona que deja caer al suelo la pistola que ha utilizado para matar a otra y escapa? Escapa tan rápidamente que nadie llega a darse cuenta de que no ha estado en su habitación. Esto encajaba con los que tenían cuartos individuales, como eran el propio Cameron Lippman y las señoritas Jones y Travers. En cuanto a los matrimonios Cavendish y Basehart, si uno de los cónyuges había disparado contra Kensler y había vuelto a su dormitorio, era lógico que su pareja le estuviese protegiendo. Es decir, que podía haber sido, en efecto, cualquiera. Cualquiera mujer, de las allí reunidas. A menos que, en efecto, antes hubiese habido una mujer, se hubiese marchado, y luego hubiese llegado un hombre con la pistola de Morgan...

—Digamos, las apariencias —murmuró Alastair.

—No es lo mismo apariencias que evidencias —replicó Lippman—, por lo que le sugiero que elija mejor sus palabras.

—Acepto su sugerencia, señor Lippman —dijo calmadamente Alastair—. Y sería conveniente que ustedes aceptasen la mía en el sentido de que quien haya sido se dé a conocer. De un modo u otro, nosotros lo sabremos, pero será después de haberles ocasionado muchas molestias. Nos gustaría evitárselas.

Lippman apretó los labios, y no dijo nada. Los demás también permanecían en silencio.

Afuera se oyó la llegada de un vehículo, y Nickers miró significativamente a su jefe: la ambulancia, y probablemente, con ella, el forense.

—Voy a rogarles que nadie salga del salón hasta que sea autorizado —murmuró Alastair—. Vamos, Derek...

—Un momento, teniente —masculló Morgan—. ¿Tiene usted inconveniente en que llamemos a nuestros abogados?

—¿No le parece que se apresura un poco, señor Morgan?

—No.

Alastair miró a Derek, que se limitó a mover las cejas. Los dos conocían a aquella clase de gente, pues trabajaban juntos hacía

tiempo, siempre en la zona de lujo de Wichita Falls. Ambos habían sido elegidos precisamente para aquella zona debido a sus peculiares características personales: sólida formación cultural, buenos modales, tacto, buen gusto en todo...

—En ese caso, hagan sus llamadas, naturalmente. Disculpen unos minutos, por favor.

Salieron del salón.

—¿Quieres que me quede con ellos? —se ofreció Nickers.

—No. Que llamen a quien quieran: eso no cambiará el hecho de que uno de ellos ha matado a ese hombre. Vamos a ver qué dice el forense.

CAPITULO II

El forense no dijo nada que les sorprendiese. Todo encajaba, todo estaba demasiado claro.

—De todos modos, haremos la autopsia, claro —terminó.

—Claro —asintió Alastair.

—El coronel vendrá en seguida para proceder al levantamiento del cadáver..., siempre y cuando sus muchachos hayan terminado, teniente.

—Póngase de acuerdo. Derek, ve a buscar al mayordomo... Sólo a él.

—*Okay.*

Derek Nickers regresó antes de un minuto con John Prescott, que no las tenía todas consigo. Dirigió una mirada al cadáver, tragó saliva, y miró a los ojos a Alastair Forrest, que estaban fijos en él, con aquel extraño y quieto resplandor inescrutable.

—Usted llamó al Departamento, ¿no es cierto, señor Prescott?

—Sí..., sí, señor. Bueno, me lo ordenó el señor Morgan, naturalmente.

—Naturalmente. Nos gustaría mucho escuchar su versión, señor Prescott. Quiero decir, su... primera impresión general desde que el disparo le despertó. ¿O le despertó su esposa?

—No, no... Susan y yo nos despertamos a la vez al oír el disparo. Nos llevamos un susto de muerte. Bueno, quiero decir...

—Le entiendo. Veamos, ustedes dos estaban durmiendo en su habitación, y de repente, el estampido les despierta. ¿Qué hicieron entonces?

—Pues saltamos de la cama, nos pusimos la bata, y salimos del dormitorio. Yo me adelanté a mi mujer hacia el vestíbulo, y encendí la luz de éste. Susan se reunió entonces conmigo. Luego, llegaron Topsy y Jeremy...

—¿No había nadie aquí abajo?

—No, señor: nadie. Primero yo, luego mi mujer, y después Topsy y Jeremy. Pero es natural, ya que tenemos las habitaciones en la planta baja.

—Claro. ¿Qué más?

—Pues casi en seguida comenzamos a oír voces en el piso de arriba. Se encendió la luz del pasillo..., arriba, quiero decir. Parecía que todos hablaban al mismo tiempo. Entonces, el señor Morgan se acercó al borde de la escalinata, nos vio, y preguntó qué sucedía. Le dije que no lo sabíamos, pero que nos había parecido oír un disparo. El señor Morgan bajó rápidamente...

—¿El solo?

—No. Todos. El señor Morgan bajaba en primer lugar, pero los

demás le seguían...

—Es decir, que prácticamente llegaron todos a la vez al vestíbulo.

—Sí. Bueno, los señores Basehart bajaron unos segundos más tarde. Creo que la señora Basehart todavía no estaba... despierta del todo.

—Fíjese bien, señor Prescott' ¿diría usted que *todos* los invitados procedían del piso de arriba, y que, salvo ese pequeño retraso de los señores Basehart, todos bajaron al mismo tiempo?

—Casi al mismo tiempo, sí. Y estoy seguro de que todos llegaron del piso de arriba. Sí, señor, completamente seguro.

—Muy bien. Bajaron todos. ¿Qué ocurrió entonces?

—Pues nadie sabía qué hacer... La señora Kensler estaba muy pálida, y no hacía más que preguntar por su marido El señor Morgan miró en el salón, y luego en la biblioteca. Entonces, vimos al señor Kensler... ahí —señaló el cadáver—.

Inmediatamente, el señor Morgan corrió hacia él, le oímos gritar algo... La señora Kensler corría hacia su marido, pero el señor Lippman la agarró de un brazo, y la sacó de aquí. El señor Morgan me dijo que llamase a la policía desde el teléfono de su despacho. Eso es todo.

—Por supuesto, nadie tocó nada.

—Que yo sepa, no, señor.

—Me pregunto, señor Prescott, si usted sabe cuál es la habitación de cada invitado.

—Naturalmente. Mi esposa y yo fuimos los encargados de prepararlas cuando el señor Morgan nos avisó de que hoy tendríamos invitados a dormir.

—Acompáñenos, señor Prescott.

Salieron de la biblioteca, y fueron al piso superior, destinado exclusivamente a dormitorios. Desde el principio del pasillo del piso de arriba, Alastair miró a uno y otro lado. Había un total de diez habitaciones, cinco a cada lado del amplio pasillo alfombrado. Alastair sacó un pequeño bloc de notas y un bolígrafo, trazó dos rayas verticales y paralelas, y puso cinco cruces en cada una de ellas.

—Señor Prescott, cada una de estas cruces es una puerta de las que estamos viendo en este pasillo. Ahora, sea tan amable deirme indicando qué persona o personas estaba alojada en cada una de estas habitaciones. ¿Lo entiende?

—Sí, señor. Bueno, la primera puerta de la derecha es la del dormitorio del señor Morgan; el mismo que ha ocupado siempre, incluso cuando su esposa vivía. La segunda puerta de la derecha...

John Prescott informó a Alastair de las habitaciones que habían

ocupado los invitados. Siete habitaciones ocupadas, tres desocupadas. Alastair se guardó el bloc, y miró amablemente al criado.

—Ya sé que su trabajo no es el chismorreó, señor Prescott, pero siempre se oyen cosas, quiera uno o no quiera. Me pregunto si usted oyó algo en determinado momento que pudiera parecerle... indicador de que algo no iba bien entre el señor Kensler y cualquier otro invitado, o incluso con el señor Morgan.

—No, señor. Todos eran buenos amigos, y cuando los dejamos lo estaban pasando muy bien. Jamás se me habría ocurrido que pudiera ocurrir una cosa así.

—Sin embargo, ha ocurrido..., y nadie mata a una persona por nada, señor Prescott.

—Pudo ser... un accidente.

—En ese caso, ¿por qué tiene que mantenerse en silencio la persona que lo provocó? No, no fue un accidente, señor Prescott. Puede estar seguro de que la persona que mató al señor Kensler estaba decidida a hacerlo.

—Me cuesta mucho creerlo, de veras.

—Lo comprendo. Si nos preguntamos quién lo hizo, parece que vamos a tener dificultades de identificación, ya que todos eran tan buenos amigos. Así que nos preguntaremos lo más clásico, lo inevitable en una investigación de este tipo: ¿por qué?

—¿Por qué?

—Sí: ¿por qué lo han matado? Puede estar seguro de que hay un motivo. Así que buscaremos ese motivo investigando a todos los invitados del señor Morgan, al propio señor Morgan..., y a los empleados de la casa. Esto es normativo, señor Prescott. En definitiva, estoy tratando de decirle que nosotros llegaremos al fondo de la cuestión de un modo u otro y más pronto o más tarde. Y le digo esto porque si usted sabe algo que no quiere decir ahora por... fidelidad a su patrón o simpatía a cualquier invitado, está perdiendo el tiempo y haciéndonoslo perder a nosotros. Pero sólo eso: el tiempo. ¿Está seguro de que no sabe usted nada que pudiera tener enemistado al señor Kensler con alguno de los invitados... o invitadas?

—Bueno... Realmente...

Alastair y Nickers se quedaron mirándolo súbitamente más interesados.

—¿Sí? —murmuró Alastair.

—Realmente, la única persona de las que hay hoy en la casa que pudiera estar molesta con el señor Kensler es la señorita Lavinia.

—¿La señorita Travers? ¿Por qué motivo?

John Prescott se removió, inquieto.

—El padre de la señorita Travers está en la cárcel, y parece que buena parte de culpa la tenía el señor Kensler. Bueno, son cosas de finanzas que no entiendo muy bien, pero parece que el padre de la señorita Lavinia cometió alguna... irregularidad en la compañía, y fue denunciado y encarcelado.

—¿Lo demandó el señor Kensler?

—No propiamente el señor Kensler, sino todos los demás socios de la compañía. Pero el señor Kensler fue quien encontró las pruebas determinantes de la culpabilidad del señor Travers.

—¿Y pese a esto... la señorita Travers aceptó la invitación, sabiendo que iba a estar con los socios de su padre que lo habían denunciado y llevado a la cárcel?

—Así parece. De todos modos, yo diría que la señorita Travers no se sentía muy feliz esta noche, pese a la fiesta.

—Eso también lo comprendo. Lo que no comprendo es que ella aceptase venir. Ni que el señor Morgan la invitase,

—No sé qué decirle a eso, teniente.

—¿Todas las personas que hay en el salón tienen negocios en común? Quiero decir, ¿tienen todos intereses en la misma compañía?

—Sí, señor. Bueno, cada uno tiene otros negocios, pero todos son socios de la compañía más importante de todas, la Texgas; es una empresa...

—Conozco la Texgas —murmuró Alastair—: es una de las más importantes compañías explotadoras de gas del Estado. Bien, esto significa que todas esas personas son aún más ricas de lo que habíamos supuesto. ¿Todos son accionistas de la Texgas?

—El señor Lippman, no. Ni la señorita Jones.

—La señorita Jones lo será pronto —alzó una ceja Alastair—, cuando sea la señora Morgan. ¿Y el señor Lippman, qué pinta aquí?

—Es un alto ejecutivo de la Texgas, y creo que tiene unas pocas acciones. Nada que valga la pena. Pero el señor Morgan tiene un gran concepto del señor Lippman; le he oído decir varias veces que es un joven muy brillante.

Alastair y Nickers cambiaron una mirada. Ciertamente, el señor Lippman parecía muy brillante, muy inteligente..., y además, era muy atractivo..., y una pareja muy adecuada para Helen Jones, por ejemplo. Desde luego, más adecuada que Jebediah Morgan.

—Bien, señor Prescott, se nos irán ocurriendo más preguntas —murmuró Alastair—. Ahora sea tan amable de volver al salón con los demás. Y muchas gracias.

El mayordomo bajó al salón, mientras Nickers observaba cómo

Alastair ponía un número junto a la cruz que indicaba cada una de las habitaciones. Alastair miró a Nickers.

—Supongo que ya saber lo que quiero —musitó.

—Si lo supiese, ya sería teniente también —gruñó Nickers.

—No te desanimes. Y piensa que el día que te nombren teniente ya no trabajaremos juntos.

—Eso es lo único que me disgusta de la posibilidad de ascender —admitió Nickers—. Pero podríamos vernos los fines de semana, y seguir amándonos.

Alastair Forrest se permitió una levísima sonrisa, y dijo;

—Antes tendrías que divorciarte de Pamela. Bueno, Derek, vamos a buscar esos pintalabios.

—¿Qué pintal...? ¡Maldita sea mi estampa!

—Tranquilo.

Derek Nickers todavía refunfuñó algo, pero pronto se dedicó con todo entusiasmo a la labor indicada por su amigo, compañero y jefe de grupo: buscar pintalabios en todas las habitaciones. Esto llevó su tiempo, pero ninguno de los dos tenía prisa. Simplemente, estaban haciendo su trabajo.

El proceso fue el siguiente: siempre juntos, sabedores de que cuatro ojos ven más que dos, fueron de habitación en habitación, buscando pintalabios donde más lógico era encontrarlos, es decir, en los maletines de las señoras o directamente en los cuartos de baño de cada dormitorio. Prescindiendo, naturalmente, de las tres habitaciones desocupadas y cerradas, realizaron una labor que les llevó a los siguientes resultados: no había pintalabios alguno en las habitaciones de Jebediah Morgan y Cameron Lippman. Lógico. Como también fue lógico encontrar pintalabios en los de los matrimonios Cavendish y Basehart, así como en el de los Kensler. Asimismo, fue no menos lógico encontrar pintalabios en las habitaciones de Lavinia Travers y Helen Jones. Es decir, todo seguía encajando: en las cinco habitaciones donde había mujeres, ya fuese solas o con sus maridos, había pintalabios. En un pañuelo, Alastair fue escribiendo con esos pintalabios los números convencionales que había asignado a cada habitación. O sea, puesto que a la habitación de los Cavendish le había asignado el número dos, escribió en su pañuelo este número con el pintalabios de la señora Cavendish. A la señorita Jones le había asignado el número tres, así que escribió este número con el pintalabios de la señorita Jones. A los Basehart les había asignado el número cuatro, pero, como la señora Basehart tenía dos pintalabios, escribió los números 4 y 4 bis en su pañuelo. El número cinco lo escribió con el pintalabios de la señora Kensler, reciente y apenada viuda. El seis correspondió al pintalabios de la

señorita Lavinia Travers. Los números uno y siete no fueron escritos, ya que esos números habían sido asignados, respectivamente, a las habitaciones de Jebediah Morgan y Cameron Lippman.

Terminada esta lenta y cuidadosa operación, Alastair Forrest se guardó tranquilamente el pañuelo, hizo un gesto a Nickers, y ambos se dispusieron a regresar al salón.

Cuando entraron en éste, las cosas habían cambiado notablemente. Susan Kensler estaba más tranquila, lo que es lo mismo que decir más abatida, silenciosa. Y habían llegado tres abogados requeridos por Morgan y sus invitados, que inmediatamente acudieron al encuentro de Alastair y Nickers.

Alastair ni siquiera les dio tiempo a hablar.

—No van a tener problemas conmigo, señores. Y ellos por una sola razón: tanto ustedes como yo vamos a permanecer dentro de la más estricta legalidad. ¿Cierto?

—Naturalmente —dijo el portavoz del trío.

—Entonces, nadie debe preocuparse: se hará lo que se tenga que hacer, y sólo eso.

—De acuerdo. Es usted veterano en esto, ¿no es así, teniente?

—Sí. Y se darán cuenta de que me limito a mi trabajo sin buscarle molestias innecesarias a nadie.

—Muy bien. Parece que no vamos a tener problemas, en efecto.

—Ninguno. Salvo cuando identifiquemos al asesino. Claro que —Alastair tuvo un destello irónico en sus ojos—, entonces, el problema será solamente de ustedes, no mío.

—Aguda observación —sonrió prietamente el abogado.

—Rutinaria, nada más —replicó Alastair—, Tengo que hablar con el señor Morgan dentro de unos minutos, así que sin duda él apreciará mucho su asesoramiento. Disculpen.

Salió de nuevo del salón, siempre seguido por Nickers. Le estaban esperando hacía ya rato para que autorizara el traslado del cadáver al depósito. En la alfombra de la biblioteca había sido marcado el lugar donde fuera hallada la pistola y el cigarrillo consumido. En el sillón que ocupara la víctima había unos trazos indicando su postura. No cabían demasiadas dudas respecto al arma utilizada para matar a Waldo Kensler, pero, naturalmente, se debía proceder al examen de Balística, y, por supuesto, a obtener las huellas dactilares que hubiese en la pistola de Jebediah Morgan. Asimismo, se revelarían las huellas halladas en diversas partes de la biblioteca, aunque esto no parecía que fuese a dar fruto alguno, considerando que cualquiera de los invitados y de los criados podía haber estado allí en un momento u otro.

El grupo de investigación técnica podía, realmente, haberse

retirado ya, pero Alastair ordenó un examen más a fondo del jardín y de los accesos a la casa. Nadie protestó; la mayoría de los miembros de aquel grupo de noche hacía tiempo que trabajaban con Alastair Forrest, y no sólo le respetaban, sino que le apreciaban en lo personal, pese a que era serio como un pedrusco, poco dado a las bromas.

El cadáver fue retirado, Alastair cumplió los últimos trámites legales verbales con el coronel, se despidió de éste, y encendió un cigarrillo, tras ofrecer a Nickers, que preguntó:

—¿Cuándo empezamos el interrogatorio en serio? Ya ha pasado el tiempo suficiente para que si cometen algún error en sus declaraciones no digan luego que estaban aturdidos.

—¿No estás de acuerdo con esta táctica?

—Se les da demasiado tiempo para pensar —gruñó Nickers.

—No importa. Por mucho que piensen, ahí dentro hay un asesino, y nosotros lo encontraremos.

—¿Sabes lo que más admiro de ti, Alastair?

—Mi fe inquebrantable: me lo has dicho varias veces. Pero te haré una pregunta: ¿cuándo se nos ha escapado a nosotros un asesino?

—Nunca —sonrió Nickers—. ¿Crees realmente que ha podido ser una mujer?

—¿Tú no?

—Esa colilla manchada de carmín pudo dejarla cualquiera de ellas, es cierto..., pero pudo ser en cualquier momento anterior a la muerte de Waldo Kensler.

—No. Veamos, Derek, se trataba de una fiesta, ¿no es así? En esas circunstancias, no creo que nadie fuese a fumar a solas un cigarrillo en la biblioteca. Era una fiesta divertida, todos buenos amigos, uno de los cuales hacía la presentación privada de su futura y bella esposa a los demás. ¿Por qué alguien tenía que abandonar la fiesta para ir a fumar a solas? Eso se hace cuando uno está en una fiesta o bien aburrida o bien en la que está rodeado de desconocidos, y se encuentra desambientado. Hay otro detalle: los dos cigarrillos, tanto el que fumaba Kensler, como el que había en el cenicero de pie, manchado de carmín, son de la misma marca, Mogador. Había un paquete de cigarrillos Mogador en la mesita de cristal, junto a Kensler... Yo creo que éste invitó a fumar a su asesino. Se sentaron frente a frente, y comenzaron a charlar.

—Pero él o la asesina ya llevaba la pistola de Morgan.

—Desde luego.

—Es decir, que tenía intenciones de matarlo.

—Parece evidente, ¿no?

—Entonces, ¿por qué ponerse a charlar con él? Era tarde, podía haberles oído alguien, saber quién había estado con Kensler...

—No es probable. Recuerda que los criados se habían retirado antes, hacía ya rato. Los demás estaban cansados o bien continuando la fiesta privadamente en sus habitaciones... Tanto Kensler como la persona que lo mató sabían eso. Así que ambos acudieron a la cita.

—¿Se habían citado?

—Así lo creo. Me lo indica el hecho de que antes que nada se dedicasen a conversar. Tenían algo que hablar en privado, y esperaron a que todos estuviesen en sus habitaciones. ¿Quién crees tú que tenía algo importante que conversar con Kensler privadamente?

—No sé... ¿La señorita Travers?

—En principio, no se me ocurre nadie más. Pienso que quizá ella acudió a la fiesta más que nada para estar segura de que iba a localizar a Kensler, el cual, posiblemente, a raíz de lo ocurrido con el padre de ella, la rehuía. Lavinia Travers vino a la fiesta para hablar con él. Posiblemente, quería pedirle algo..., y al no obtener lo que deseaba de Kensler...

—Es una chica preciosa, ¿verdad? —murmuró Nickers.

—Es más que preciosa —murmuró también Alastair—: es de esa clase de chicas que le hace sentirse bien a uno. Sin embargo, ella usa rojo de labios, había una colilla manchada de rojo de labios..., y de momento es la principal candidata.

—Lo cual te fastidia, ¿no?

—Sí. De todos modos, vamos a enterarnos discretamente de un par de cosas más antes de proceder en serio. Me gustaría que te encargases tú de ello: veamos cuántas personas fuman Mogador en esta casa, en primer lugar; luego, pregunta al mayordomo cuándo fue limpiada la biblioteca la última vez.

—No creo que esto último haga falta —encogió los hombros Nickers—. Está claro que sería antes de la llegada de los invitados. Y hasta me atrevería a decir que ninguno de éstos entró en la biblioteca en ningún momento, pues de haber ido alguien a fumar allí con anterioridad a la muerte de Kensler, habríamos encontrado más colillas.

—Bueno, en ese caso yo diría que estás de acuerdo conmigo en que nadie entró en la biblioteca hasta que lo hizo Kensler, ya tarde; tomó un libro, y se dispuso a esperar. Llegó la otra persona, dejó el libro sobre la mesita, la convidó a fumar, charlaron..., y luego, el disparo. De todos modos pregunta esto también al mayordomo; no perdemos nada. Yo voy a sugerirle a Morgan y sus abogados lo de las huellas digitales.

—No les va a gustar.

—Peor para ellos.

Se separaron. Alastair entró una vez más en el salón, y le hizo una seña a Morgan, que se acercó acompañado de los tres abogados.

—Diga, teniente.

—Señor Morgan, esperamos conseguir huellas dactilares en su pistola, que está camino del laboratorio. Naturalmente, para que ese trabajo no sea en vano, necesitamos disponer de las huellas dactilares de todos ustedes, para cotejarlas con las halladas en el arma.

Morgan pareció no comprender.

—¿Qué quiere decir? —masculló.

—El teniente está diciendo —intervino el portavoz de los abogados— que tiene que tomar las huellas dactilares de todos los presentes, señor Morgan.

—¿Cómo? —jadeó Morgan—, ¡Escuche, teniente...!

—Espere, señor Morgan —le interrumpió el abogado—. La intención del teniente es más que aceptable para todos. El puede citarlos cuando quiera en el Departamento, para obtener allí sus huellas, les guste o no. Se ha cometido un asesinato, señor Morgan. Ahora bien, el teniente puede hacer eso con mucha más discreción, aquí mismo. ¿Es eso lo que desea, teniente?

—Sí —asintió Alastair.

—Pero esto de tomarnos las huellas... —gruñó Morgan.

—Podemos obtenerlas pidiéndoselas al archivo del FBI, por ejemplo —dijo Alastair—. Aunque ustedes no estén fichados policialmente, sí tendrán, posiblemente, sus huellas en el FBI por diversos motivos; eso, por un lado. Por otro, dando por sentado que las damas no estén allí clasificadas, no tendríamos más remedio que citarlas en el Departamento. Mi oferta entra dentro de sus deseos de discreción, señor Morgan. Sólo tengo que llamar a un par de mis hombres, y todo se hará con tranquilidad y sin molestias para ustedes.

Morgan miró al abogado, que asintió con la cabeza.

—Está bien, se lo diré a los demás.

Mientras Morgan hablaba con sus invitados, apareció Nickers, que fue directo hacia el mayordomo, con el que estuvo conversando poco más de medio minuto. Luego, el sargento de policía se acercó a su superior.

—Lo de la biblioteca, conforme a nuestras suposiciones... ¿Empiezo a indagar lo de cigarrillos Mogador?

—Cuando quieras y a tu aire.

—Alastair: ¿no te sorprende, realmente, que el asesino dejase esa colilla manchada de carmín?

—Sí. Pero la colilla estaba allí, ¿no es cierto? Y espero que no

te sorprendas demasiado si el carmín que había en ella coincide con alguno de los que hemos tomado muestras arriba.

—Entonces, será un caso fácil.

Alastair Forrest frunció el ceño, y quedó pensativo. ¿Fácil? Los casos «fáciles» eran aquellos que se clasificaban como homicidios, las más de las veces involuntarios o, cuando menos, temperamentales; en estos casos, el homicida salía derrumbarse pronto, lloraba, o gritaba, o mostraba su arrepentimiento o su horror por lo que había hecho en un mal momento. Pero éste no era el caso en esta ocasión: nadie había llorado allí, salvo la esposa de la víctima. Ni parecía que nadie fuese a llorar, ni a derrumbarse.

—Ojalá —murmuró, muy poco convencido Alastair Forrest.

—Mañana es domingo —recordó Nickers—, Vamos a tener dificultades en todo: huellas, balística, laboratorio... A menos, claro, que la asesina confiese y haga innecesario tanto jaleo.

—No creo que lo haga.

CAPITULO III

No lo hizo.

Hacia las ocho y media de la mañana del domingo, Alastair Forrest estaba sentado a su mesa, tomando café y mirando las fotografías obtenidas en el jardín a todo alrededor de la casa. No había en ninguna de ellas el menor indicio de que hubiese habido un intruso en la quinta de Jebediah Morgan. Lo cual, ciertamente, no sorprendió a Alastair. El sabía que el asesino estaba dentro.

Pero tal como había temido, no había podido conseguir más que las huellas dactilares, y no de muy buen grado por parte especialmente de Cameron Lippman y los Basehart. Bueno, siempre hay quien protesta por todo. Y los hay que no protestan por una cosa, pero protestan por otras. La disconformidad es una de las características más acusadas del género humano.

La puerta de la oficina de Alastair se abrió de pronto, y apareció Nickers, recién peinado y pasándose una mano por las mejillas.

—Listo y guapo para el resto del día, jefe.

—Si te das prisa, seguro que todavía encuentras a Pamela en la cama. Trae eso.

Nickers dejó el sobre encima de la mesa, y Alastair sacó las fotografías ampliadas de las huellas encontradas en la pistola, y las de todos los invitados y criados de la casa de Morgan.

—He estado pensando algo —dijo Nickers.

—¿El qué?

—Es respecto al rojo de labios que había en el cigarrillo. Y precisamente, lo que he pensado está relacionado con Pamela: ella, antes de acostarse, siempre se quita el maquillaje y el carmín.

—¿Incluso cuando llegáis de divertiros un rato por ahí?

—Mmm... Esto... ¡Oh, demonios, no siempre, entonces! Pero el maquillaje, sí, siempre.

—Pero no el rojo de labios, ¿eh?

—Bueno...

—¿Crees que una mujer se desmaquillará sabiendo que poco más tarde va a tener una entrevista con un hombre?

—Jolín, Alastair, contigo...

—Veamos qué tenemos aquí —encogió los hombros Alastair.

—¿Te lo digo en pocas palabras?

—Adelante.

—En la pistola no hay más huellas que las de Jebediah Morgan. Y en algunas partes están como demasiado borrosas.

—Ya. ¿Conclusión?

—Bueno, se podría decir que quien utilizó la pistola lo hizo sosteniéndola con los guantes puestos, o con un pañuelo, así que no sólo no dejó sus huellas, sino que borró parcialmente las que había de Morgan. Yo diría que utilizó un pañuelo.

—¿Por qué un pañuelo?

Derek Nickers sonrió ampliamente.

—Es lo que han dicho en el laboratorio.

Alastair movió la cabeza.

—Bien, eso del pañuelo nos indica todavía más claramente la premeditación, ¿no te parece? ¿Qué clase de pañuelo?

—Van a intentar analizar unas delgadísimas fibras.

—¿Qué dicen del rojo de labios de *mi* pañuelo?

—Están en eso. No es fácil.

—Pero es su trabajo.

—Se lo diré cuando vuelva por allá. Alastair, dime la verdad: ¿por qué no presionaste esta madrugada a la muchacha?

—¿A la señorita Travers?

—La trataste con guante blanco. ¿Tanto te gusta?

—Vamos, Derek, no digas tonterías. No tiene nada que ver una cosa con otra. Los traté a todos igual. Sabes perfectamente que *nunca* presiono a nadie a tope hasta que estoy seguro de que puedo hacerlo. Espera a que tenga los resultados de esos rojos de labios y ya verás. ¿Habéis comprobado lo de su padre?

—Claro. Está pendiente de juicio por desfalco. Trescientos veinticinco mil dólares. Las pruebas contra él son abrumadoras... Esa chica no tiene suerte.

—No. Recuerdos a Pamela.

—Pero avísame en cuanto sepas algo concreto —dijo Nickers desde la puerta.

—Tómatelo con calma: yo también dormiré unas horas, mientras espero los resultados del laboratorio.

* * *

—Ah, hola, teniente... ¿Viene por lo del rojo de labios?

—Sí. ¿Cómo está eso?

—Le iba a llamar después de terminar este café. Tendrá que comprarse otro pañuelo.

—Lo cargaré en gastos de trabajo —asintió Alastair—, ¿Qué tenemos de ese rojo de labios?

El empleado del laboratorio terminó el café, señaló hacia una

mesa, y ambos fueron hacia allí. Había una colilla, prácticamente sólo el filtro de un cigarrillo, manchado de carmín, depositada en una pequeña bandeja de cristal. Sobre otra bandeja de cristal estaba el pañuelo de Alastair con los números escritos con carmín. El laboratorista señaló el pañuelo.

—El número seis corresponde a un pintalabios de la casa Oberon, el color llamado Redsky.

—Cielorrojo. Muy logrado. ¿Y el pintalabios del filtro?

—Cielorrojo, de Oberon.

Alastair apenas pudo evitar un gesto de disgusto, pese a que hacia horas que estaba esperando precisamente aquel resultado.

—¿Qué me dice de los demás pintalabios?

—No hay más Redsky que el número seis. ¿Quiere que le diga las marcas y colores?

—No... Realmente, no hace falta. Gracias.

—No parece que esté muy contento.

Alastair encogió los hombros, y se alejó. ¿Contento? ¿Por qué tenía que estarlo? Balística había informado ya que, en efecto, la bala hallada en el corazón de Waldo Kensler había salido de la pistola de Jebediah Morgan; la señorita Travers era la única de las mujeres reunidas en la casa de Morgan que se pintaba los labios con Redsky; la señorita Travers tenía motivos para entrevistarse con Kensler y para, justamente o no, enfadarse con él. ¿Contento? ¿Por qué demonios tenía que estar contento?

* * *

Lavinia Travers todavía tenía un leve gesto de inquietud cuando abrió la puerta, pese a que, tras haber visto por la mirilla a su visitante, dispuso de tiempo para reaccionar. Lo hizo, pero no lo bastante para que Alastair Forrest dejase de ver aquel gesto.

—Buenas tardes, señorita Travers.

—Buenas tardes, teniente... ¿Quiere pasar?

—Gracias.

Alastair entró mirando de reojo los relucientes cabellos rojos de la muchacha, que se movieron al apartarse ella y cerrar la puerta. Lavinia Travers lo miró.

—Fue usted muy amable al permitirnos marcharnos de allá, teniente.

—Creo que debería estarle más agradecida a sus abogados que a mí, señorita Travers.

—No son *mis* abogados, sino los de Jeb, Dexter y Angus. De los

señores Morgan, Basehart y Cavendish, si lo entiende mejor así.

—Tengo buena memoria para los nombres. ¿Está usted sola?

—Así es. Pase, por favor... ¿Quiere café?

—No... No, gracias.

Entraron al saloncito. Alastair miraba a todas partes, pero, más que por curiosidad, porque no quería ver los ojos verdes de Lavinia Travers.

—Tiene una casa muy bonita —murmuró.

—Me la regaló mi padre cuando terminé mis estudios. También tenemos un apartamento en el centro de la ciudad.

—Ya entiendo que son ustedes personas acomodadas.

—No tanto como quisiéramos —dijo Lavinia, mirándole fijamente—: de otro modo, mi padre no hubiera robado trescientos mil dólares. Usted ya está al corriente de esto, ¿verdad?

—Pues..., sí. Desde luego, sí.

—Mi padre no los robó, teniente. Ni dólar a dólar ni de golpe. No somos ni éramos tan ricos como los demás socios, pero eso no significa forzosamente que tengamos que robar, ¿no le parece?

—Bueno, lo que dice es razonable. Yo soy seguramente más pobre que ustedes, y nunca se me ha ocurrido robar.

—¿Le parece que nos sentemos? —dijo Lavinia, sentándose.

Alastair lo hizo en otro sillón, frente a la muchacha. Miró un instante sus perfectas rodillas.

—Usted sabe, señorita Travers —murmuró el policía—, que no es corriente encontrar personas que confiesen o admitan sus delitos. No es que pretenda molestarla, pero su padre bien podría ser una de esas personas que no confiesan ni admiten.

—Desde luego; ni él ni yo somos seres humanos excepcionales en nada. Pero mi padre no me mentiría a mí.

—Sepa usted que todos somos capaces de mentir a todos, señorita Travers.

—¿Incluido usted?

—Naturalmente; yo tampoco soy un ser excepcional.

—Entiendo. Dígame una cosa, teniente; ¿nunca sonríe usted?

—Alguna que otra vez, cuando algo me hace gracia o me divierte.

—Claro. Y éste no es el caso ahora, ¿verdad?

—Me temo que no. Volviendo al tema de su padre, le diré que cuando me enteré de cómo están las cosas me sorprendió bastante que usted participase en la fiesta del señor Morgan. Dadas las circunstancias, parece que no debería tener usted interés ni deseos de relacionarse con los socios de su padre.

—Siempre fueron buenos amigos —murmuró Lavinia.

—Pero lo denunciaron.

—En el último balance, teniente, faltaron trescientos mil dólares y pico. Mi padre era quien, oficialmente, tenía que responder de ellos, y no pudo hacerlo. Durante unos días hubo un ambiente tenso entre él y nuestros amigos y socios. Las cosas se agriaron mucho cuando mi padre les dijo que si creían que él había malversado aquel dinero ni eran amigos ni eran nada que valiese la pena. Waldo Kensler repasó algunos documentos, y dijo que mi padre y nadie más que mi padre podía responder de aquella irregularidad. Mi padre lo envió al infierno, y Waldo habló con los demás y lo denunciaron.

—Parece que todo tiene bastante lógica..., excepto su presencia en la fiesta del señor Morgan.

—Fui allá porque Waldo me llamó dos días antes por teléfono, y me dijo que asistiera, que tenía algo para mí.

Alastair se desconcertó.

—¿De veras? ¿Por qué le dijo eso?

—No lo sé. Hacía días que no quería ver a ninguno de ellos, pero Waldo me lo pidió de tal modo que tuve que aceptar. La verdad es que pensé que quería decirme algo referente a mi empleo en la Texgas.

—Ah... ¿Trabaja usted en la misma compañía?

—Sí. Soy licenciada en Ciencias Químicas, teniente.

—Caramba... ¿De veras? Bueno, imagino que debe ser un trabajo muy interesante...

—Menos que el de policía.

—Bueno, también es menos desagradable —murmuró Alastair—, ¿Habló usted con el señor Waldo Kensler sobre el asunto en la casa del señor Morgan?

—Claro. En cuanto tuve oportunidad de hablar con él a solas un momento le pregunté por qué me había pedido que aceptase la invitación de Jeb. Me dijo que ya hablaríamos en otro momento... Me pareció un poco nervioso, inquieto.

—Pero no le aclaró nada.

—No. Estuve tentada de marcharme, pero pensé que fuese lo que fuese lo que Waldo tuviera que decirme, yo quería saberlo, aunque tuviese que esperar. De modo que seguí como pude la corriente a la fiesta.

—Una situación violenta, ¿no es cierto?

—Bastante. Teniente: ¿qué es lo que quiere usted de mí?

—Se lo diré —murmuró Alastair, mirándola fijamente—. En la biblioteca encontramos dos colillas de cigarrillos Mogador, es decir, de los que fumaba el señor Kensler. Una de las colillas estaba sobre la alfombra, y se había consumido hasta quedar solamente el filtro. En el filtro del otro cigarrillo, que

encontramos en un cenicero de pie, estaba la otra parte de la cuestión: los laboratorios ha analizado los restos de carmín que había en el filtro, y aseguran que ese carmín corresponde al color Redsky, de la casa Oberon.

Lavinia Travers había palidecido.

—¿Y eso qué significa? —susurró.

—¿Puede decirme qué rojo de labios utiliza usted, señorita Travers?

—Redsky, de Oberon.

El gesto de Alastair era sombrío.

—Créame que lo siento —masculló.

—¿Usted cree que fui yo quien mató a Waldo Kensler?

—Le diré cómo creo que ocurrieron las cosas... El señor Kensler estuvo en la fiesta con todos hasta el final. Luego, ya en su habitación, se entretuvo, posiblemente esperando que su esposa se durmiera. Entonces, se puso el batín y bajó a la biblioteca, a esperar a alguien. Se bajó los cigarrillos, y tomó un libro. Cuando esa persona entró en la biblioteca, el señor Kensler dejó el libro. Ofreció un cigarrillo a esa persona. Los dos se pusieron a fumar, y, considerando que el cigarrillo hallado en el cenicero estaba «fumado» casi completamente, podemos pensar que la conversación duró no menos de cinco minutos. Ahora bien, la persona que conversaba con el señor Kensler, ya había tomado la pistola del señor Morgan de su despacho, y la tenía oculta con un pañuelo envolviéndola, posiblemente bajo la bata, o la prenda que fuese. Esto indica que esa persona estaba dispuesta a escuchar al señor Kensler, en principio, pero también estaba decidida a matarlo si lo que le decía el señor Kensler no le gustaba. Y, evidentemente, no le gustó.

—Según eso, usted piensa que yo maté a Waldo —insistió Lavinia.

—Bien, quizá si me indicase usted alguna otra persona que hubiera acudido a la fiesta para charlar con el señor Kensler...

—No, lo siento. No sé de nadie, salvo yo.

—Tampoco parece probable que nadie acudiera casualmente a la biblioteca, a aquella hora, y con la pistola del señor Morgan.

—Respecto a eso, ustedes nos tomaron las huellas dactilares precisamente para...

—La persona que disparó utilizó un pañuelo para no dejar huellas en la pistola.

—Ah... Bien, todo eso indica... mucha sangre fría, decisión y premeditación, ¿no cree?

—Sí... Sí, evidentemente.

—¿Y usted cree que yo soy esa clase de persona, teniente?

—Ni siquiera con las personas que uno conoce bien puede aventurarse a dar esa clase de respuesta. Y en cuanto a usted, señorita Travers, no la conozco ni mucho ni poco.

—¿Siempre es usted tan... atrozmente frío?

—Cuando trabajo, sí.

—¿Y por qué no se busca otro trabajo?

—Porque me gusta éste. Bien —Alastair se puso en pie—, ¿nos vamos?

—¿Estoy detenida?

—Digamos, de momento, que le ruego que me acompañe al Departamento.

Lavinia sonrió levemente.

—Usted no se relaciona mucho con mujeres, ¿verdad, teniente?

—Lo suficiente —gruñó Alastair.

—Me parece que no. Debería hacerlo, conocer un poco más nuestras costumbres... Apuesto a que es soltero.

—En efecto.

—Y diga usted lo que diga, poco dado a frecuentar nuestra compañía. ¿No le gustamos?

—Me gustan mucho —aseguró secamente Alastair.

—Pues demuéstrelo. Pero, en fin, le diré por qué estoy... irritándole con esta parte de nuestra conversación. Una de las cosas que con bastante frecuencia hacemos las mujeres es prestarnos algunas cosas: por ejemplo, perfumes. Y Pintalabios.

Alastair Forrest sintió como un vacío en el estómago. Un vacío producido por una emoción que sólo pudo definir como alegría.

—¿Quiere decir que usted había prestado su barrita de labios a otra de las invitadas?

—Fue después de cenar. Cuando comemos, inevitablemente va desapareciendo el carmín. Después de cenar, las señoras subimos a uno de los tocadores, charlamos, nos arreglamos un poco... Sabíamos que estaríamos hasta un poco tarde con los caballeros, así que nos... recompusimos un poco. Espero que esto le parezca lógico... Tan lógico como me pareció a mí que me pidieran mi pintalabios, asegurando que el color era precioso, y que...

—¿Quién le pidió su pintalabios?

—Susan Kensler.

Alastair quedó como si no hubiese oído; o como si no hubiese entendido. ¿Susan Kensler? ¿La esposa del muerto, del hombre asesinado? Por un momento, tuvo el pensamiento de que Lavinia le estaba mintiendo, pero le pareció una idiotez, ya que no había nada tan fácil como comprobar eso preguntándoselo a la viuda. Pero..., ¿Susan Kensler? ¿Susan Kensler había bajado a conversar con su marido a la biblioteca, había estado fumando con él..., y

luego le había matado? ¿O se había marchado ella dejando solo a su marido y luego había llegado otra persona? Pero si Susan Kensler había estado con su marido en la biblioteca..., ¿por qué había dicho que ella se había dormido en seguida, y que ni siquiera se había enterado de que Waldo Kensler salía del dormitorio?

—Me parece, teniente, que acabo de asestarle un golpe inesperado —dijo Lavinia—. ¿No es cierto?

—Sí. Pero es un golpe que me ha alegrado mucho.

—¿Por qué motivo? —sonrió Lavinia.

El policía frunció el ceño, y eludió la respuesta directa.

—De todos modos —deslizó—, tendré que comprobar eso, señorita Travers.

—Es lógico. Oh, bueno, ¿quiere decir que todavía tengo que... acompañarle al Departamento?

—Pues... no. No, no es necesario, ante el nuevo giro de los acontecimientos. Dígame la verdad: ¿se me nota mucho que estoy terriblemente desconcertado?

—La verdad: un poco. Y aprovechando esa circunstancia me permito insistir en invitarle a tomar café. ¿Sí?

—Es usted muy amable, señorita Travers, pero no... No, gracias. Tengo... varias cosas que hacer.

—Quizá otro día —murmuró la muchacha.

—Sí... Quizá otro día. Bien...

—Le acompañaré a la puerta.

Segundos más tarde, tras una mascullada despedida, Alastair se encontraba de nuevo en la calle. Se metió en su coche, lo puso en marcha, y maniobró para dar la vuelta. Al alejarse, miró con indiferencia una camioneta de una empresa de reparaciones de TV. En realidad, ni siquiera la vio. Fue como mirar a través del vehículo... Claro que estaba desconcertado, y tenía que notarse. Susan Kensler. La esposa ¿Había sido la señora Kensler quien había asesinado a su marido? Bueno, ¿y por qué no? No sería el primer caso en que un cónyuge asesina al otro. Los archivos policiales estaban llenos de casos así.

Alastair se sentía absurdamente contento. Ciertamente que el caso se le había complicado, pero al menos sabía que tenía alguna probabilidad de que Lavinia Travers no fuese una asesina. Y realmente era difícil imaginársela disparando fríamente contra una persona. Claro que lo mismo sucedía con Susan Kensler...

Bueno: ¿y por qué había rechazado la invitación de Lavinia a tomar café? Se sintió irritado consigo mismo por haberse privado de unos minutos más de contemplación de aquellos hermosísimos ojos verdes que relucían de risa, como divertidos. Considerando el

mal momento que estaba pasando por lo de su padre, Lavinia Travers demostraba tener un carácter recio. Y encantador. Era estupendo verla sonreír de aquella manera...

Alastair estaba ya a dos manzanas de la casa de Lavinia cuando tomó la decisión, amparada también en el pretexto de decirle algo más a Lavinia Travers. Dio la vuelta a su coche y emprendió el regreso.

En el momento en que doblaba la esquina, los dos hombres con «mono» blanco estaban llamando a la puerta de la casa de Lavinia. Por simple asociación de ideas, Alastair miró hacia la camioneta del taller de reparaciones de TV. Ahora sí recordó haberla visto allí parada, cerca de la casa de Lavinia, la cual, evidentemente, debía tener el televisor averiado... Los pensamientos le llegaban a Alastair como retenidos, como medio ocultos, pero llegaban: la camioneta había estado parada delante de la casa de Lavinia cuando él salió, pero no estaba allí cuando él llegó minutos antes. Había estado parada. Como si los dos hombres se hubiesen dedicado a esperar antes de llamar a la puerta de la muchacha... Eran pensamientos como amortiguados, nebulosos.

Con ellos estaba cuando detuvo el coche junto al bordillo, otra vez cerca de la casa de Lavinia.

Justo en ese momento, se abrió la puerta de la casa, y los dos hombres, al oír el suave frenado del coche de Alastair volvieron la cabeza hacia él. Alastair, vio sus expresiones de alarma mientras estaba saliendo del coche, y de nuevo se desconcertó, pero esta vez brevísimamente.

Oyó con sorprendente nitidez la voz de uno de los hombres:
—¡Encárgate tú de ella!

Mientras gritaba esto, el hombre sacó una pistola de debajo del blanco «mono» de faena, y el otro comenzó a hacer lo mismo. Alastair oyó el grito de Lavinia, divisó el relucir de sus rojos cabellos, percibió el brillo de las dos pistolas. El hombre que había gritado se había vuelto hacia él...

Alastair Forrest disparó. Sencillamente disparó tras sacar por reflejo de automatismo su arma. Y no disparó contra el hombre que se encaraba a él, sino un poco más a la derecha, hacia el otro, que comenzaba a apuntar su pistola hacia Lavinia. El trallazo del disparo del policía resonó en toda la calle, y, casi simultáneamente, el grito del hombre que recibió el balazo en el lado derecho del cuello y salió despedido hacia su izquierda como un muñeco...

Los dos disparos efectuados por el sujeto que había gritado no se oyeron, pero una de las balas pasó silbando por encima de la

cabeza de Alastair. y la otra rebotó sobre un faro del coche. El hombre estaba demasiado nervioso, se veían sus facciones crispadas...

¡Crack!, restalló de nuevo el arma del policía. El hombre gritó, giró, cayó de rodillas, se puso rápidamente en pie, y echó a correr hacia la camioneta, apuntando de nuevo a Alastair, que veía todo como un extraño juego de manchas: el rojo en el hombro izquierdo dé! hombre, allá donde había impactado su bala; el blanco de su rostro demudado; el brillo de la pistola...

—¡Alto! —gritó Alastair, dejándose caer de rodillas—. ¡Deténgase...!

Otra bala rebotó ante él en el asfalto, y pasó rozando la mejilla de Alastair, emitiendo un vibrante sonido.

El automatismo de la experiencia funcionó de nuevo en el teniente de policía. Sabía lo que estaba decidiéndose allí: la vida de él o la del otro hombre.

¡Crack!

El otro efectuó un gran salto en plena carrera cuando se disponía a disparar de nuevo. Cayó de cabeza, su cuello hizo un gesto extraño, como si fuese de goma, y el cuerpo rebotó, giró, rodó por el asfalto y quedó inmóvil, formando una X con brazos y piernas, cara al cielo, todavía la pistola fuertemente agarrada entre sus crispados dedos.

Alastair se puso en pie, y corrió hacia la casa de Lavinia, cuya puerta continuaba abierta.

—¡Señorita Trav...!

Ella vio encogida en un rincón del vestíbulo, mirándole con expresión desorbitada. Estaba palidísima. Alastair se acercó, y le puso la mano izquierda en el hombro.

—¿Está usted bien? —susurró.

Ella asintió con la cabeza, y él hizo lo mismo. Luego, para pasmo de la muchacha, sonrió, si bien duramente.

—Olvidé decirle que no hablara de nuestra conversación con la señora Kensler —dijo—. Y además, cambié de idea respecto a lo del café.

CAPÍTULO IV

Derek Nickers entró en la casa, se fue directo al salón, y se acercó a Alastair; se quedó mirando la tira adhesiva que protegía el rasponazo recibido en el cuello.

—¿Seguro que estás bien?

—Sí. ¿Quieres café? Bueno, quiero decir que no creo que la señorita Travers...

—Claro que no —murmuró Lavinia—. Todo el que gusten.

Ella misma sirvió café a Nickers, que estaba encendiendo un cigarrillo. Esperó a tomar un sorbo de café para mover la cabeza hacia la ventana que daba a la calle.

—Ya se los han llevado. Alastair, hay un follón de miedo ahí fuera: curiosos y periodistas, ya sabes. Los muchachos de un par de coches patrulla están intentando mantener el orden, pero no es fácil. Todo el mundo quiere mirar la camioneta... Bueno, el caos. Pero lo controlaremos todo.

—Ese es nuestro trabajo —dijo serenamente Alastair.

—Sí. He echado un vistazo a los documentos de esos sujetos. Se llamaban Vernon Blossom y Harry Tucker. Seguramente, encontraremos algo de ellos en los ficheros: esa clase de gente suelen ser profesionales.

—Sin la menor duda lo eran, Derek: vinieron a matar a la señorita Travers.

—Así ha de ser, si tú lo dices.

—No es sólo que yo lo diga basándome en lo que vi, esto es, que estuvieron esperando a que la visita de la señorita

Travers saliera, sino que oí a uno de ellos, con toda claridad, decirle al otro: ¡encárgate tú de ella!

Nickers miró a Lavinia, que murmuró:

—Eso es lo que dijo exactamente el hombre. Y estoy dispuesta a atestiguarlo donde sea y ante quien sea.

—Eso es muy de agradecer, señorita Travers. Usted ya sabe que aunque seamos policías no significa que tengamos licencia para matar..., salvo circunstancias excepcionales.

—Si el teniente no hubiese matado a esos dos hombres, ellos nos habrían matado a nosotros dos —dijo Lavinia—. Diré eso cuando ustedes quieran y donde quieran.

—Estupendo —Nickers suspiró, aliviado por su superior y amigo—. Bien... Oh, excelente café, de veras.

—Gracias.

Nickers miraba a Alastair, pero éste movió la cabeza negativamente.

—Ella no sabe nada. Ni siquiera los conocía, dice que no los había

visto en su vida; la conclusión es fácil y simple: alguien encargó a esos dos sujetos que matasen a la señorita Travers. Ellos vinieron, vieron un coche delante de su casa, y esperaron; cuando yo doblé la primera esquina, vinieron hacia la casa.

—De acuerdo, lo entiendo. ¿Y tú por qué volviste?

—Había olvidado tomar café.

Nickers miró de una a otra, con el ceño fruncido pero una sonrisa en los labios.

Esto va a complicar mucho las cosas.

—Ya estaban más complicadas: la señorita Travers había prestado su lápiz de labios a la señora Kensler.

Nickers quedó un instante boquiabierto.

—¿A quién? —masculló acto seguido.

—A Susan Kensler. A la esposa del muerto.

—Ya sé eso... ¡Demonios!

Quedaron los tres silenciosos. Nickers señaló la cafetera, interrogante el gesto, y Lavinia asintió. El sargento se sirvió otra taza de café.

—Creo que la señora Kensler está todavía en casa del señor Morgan —murmuró—. Naturalmente, tendremos que ir a hablar con ella sobre ese detalle. Bueno, se me está ocurriendo que... Espero que la señorita Travers no prestara su rojo de labios a nadie más.

—No —negó Lavinia—. Sólo a Susan.

—Eso reduce mucho el campo de investigación, claro...

—Pero seguimos siendo sospechosas, ¿no es así?

—Todavía pueden surgir nuevos elementos en el caso. Quizá el cigarrillo estaba allí antes de...

—No —le interrumpió Alastair—. Derek, ya dejamos eso bien establecido, y el hecho de que el cigarrillo lo dejase la señorita Travers o la señora Kensler, no cambia esa parte: solamente la persona que estuvo fumando y conversando con Waldo Kensler pudo matarlo. Darle más vueltas al asunto es complicar las cosas.

—Sólo quería tranquilizar a la señorita Travers.

—Se lo agradezco, sargento —sonrió la muchacha—, pero le aseguro que estoy tranquila a ese respecto... ¡Lo que no quiere decir que piense que Susan mató a Waldo! Eso me parece... terrible e imposible.

Los dos policías cambiaron una mirada... En aquel momento oyeron pasos en el vestíbulo. Un agente de uno de los patrulleros apareció en la puerta del saloncito.

—Teniente, hemos recibido una llamada: el capitán Sherman desea que vaya usted inmediatamente a su despacho.

—Gracias. Conteste que salgo ahora mismo para allá.

—Ya sucedió —masculló Nickers—. ¡La de explicaciones que tendrán ahora que pedirte! Menos mal que contamos con la señorita Travers.

—¿Contamos? He sido yo quien ha disparado, Derek, no *vosotros*. No tienes por qué involucrarte en esto. Bien, señorita Travers: ¿nos vamos?

—¿Tengo que declarar ya? —se sor-prendió Lavinia.

—No es eso lo que más me interesa de usted. Lo que ocurre es que me gustaría tenerla como invitada en el Departamento.

—¿Insiste en detenerme?

—Usted no entiende —gruñó Nickers—: lo que quiere Alastair es llevarla a un lugar seguro, donde nadie pueda insistir en matarla. ¿No es eso, Alastair?

—Vamos a tener problemas con los periodistas —dijo Alastair Forrest, caminando hacia la puerta.

* * *

—De acuerdo —asintió el capitán Sherman—. Todo aclarado. Y me parece formidable tener un testigo, Alastair. De otro modo, nos habríamos visto en apuros. Dos muertos...

Movió la cabeza. Nickers miraba con cierta ironía a Alastair, el cual sabía por qué: también el capitán Sherman había empleado el plural para hablar de aquel enojoso asunto: *nos habríamos* visto en apuros...

—Le aseguro, señor, que no tuve otra elección. A menos, claro está, que entre las obligaciones de un policía esté la de dejarse matar.

—Todavía no hemos llegado a eso —masculló Sherman—. Bien, tal como están las cosas, ni siquiera tenemos que ponernos de acuerdo para atender a los periodistas, bastará decirles la verdad. Están esperando ahí fuera como lobos... ¿Quiere que les reciba yo?

—Nunca he tenido problemas con la prensa —se sorprendió Alastair—, Yo les hablaré.

—No se entretenga demasiado. Los informes sobre esos dos sujetos llegarán de un momento a otro..., si es que había algo sobre ellos, claro.

Había. Veinte minutos más tarde llegaban procedentes de Washington las primeras noticias sobre Henry Tucker y Vernon Blossom. Según el FBI habían sido dos auténticos pájaros de cuenta, con acusaciones de toda clase, algunas de las cuales habían podido ser probadas, lo que, por tres veces a Tucker, y dos a Blossom, los había llevado a la cárcel. La posibilidad de que, en su ascendente carrera delictiva, hubiesen llegado incluso a aceptar un contrato de asesinato,

no era en absoluto remota, sino perfectamente admisible.

Nickers señaló hacia la puerta del despacho de Sherman.

—Todavía quedan algunos periodistas ahí fuera, esperando más noticias —gruñó—. Me gustaría facilitarles ésta, señor.

—Hágalo, Nickers; que sepan a quiénes matamos.

—Exactamente eso pensaba yo —asintió Nickers.

Salió del despacho. Sherman miró al pensativo Forrest.

—Respecto a la señorita Travers, ¿qué vamos a hacer? Por supuesto, dadas las circunstancias, no hay inconveniente en que se quede aquí hoy, mañana... En fin, lo que quiero decir es que no podrá quedarse a vivir en el Departamento, Alastair.

—No. En realidad, se trata de encontrar el origen de todo esto. Estaba reflexionando sobre ello, precisamente..., y no sé si relacionar ambos casos: el asesinato de Waldo Kensler y el intento de asesinato de la señorita Travers. ¿Usted qué piensa?

—¿Necesita mis consejos? —sonrió Sherman, divertido.

—Naturalmente.

—Gracias. Bueno, se diría que al señor Kensler lo mataron por algo relacionado con sus negocios, ¿no es así? Digo esto porque todos los sospechosos pertenecen a esa esfera de la vida de Kensler. Y la señorita Travers es la hija de un hombre que está en la cárcel por malversación de...

—Supuesta malversación —murmuró Alastair.

—¿Supuesta?

—Todavía no se le ha juzgado y considerado culpable.

—Vamos, Alastair...

—Así están las cosas.

—De acuerdo —frunció el ceño Sherman—, Supuesta malversación de fondos en la misma esfera en que se movía Kensler en este asunto. Yo diría que sí están relacionados ambos casos.

—Yo también —asintió Alastair—, Y aún diré más: según la señorita Travers, Waldo Kensler le pidió que fuese a la fiesta en la casa de Jebediah Morgan porque tenía algo que decirle. Kensler fue asesinado. A la señorita Travers han querido matarla... ¿Qué quería decirle Kensler a la señorita Travers?

—Algo sobre su padre, supongo.

—Sí. Y algo bueno, pues de otro modo no se habría molestado en hacerla ir a una fiesta. Bueno, yo no le invitaría a usted a una fiesta para decirle que he encontrado pruebas en su contra, señor. En cambio, una fiesta me parecería una circunstancia para darle una buena noticia.

—Sí —parpadeó Sherman—. En efecto. Es una lástima que Waldo Kensler pospusiera su explicación a la señorita Travers.

Pero quizá hay quien cree que ya habló con ella, y por eso han querido matarla.

—Puede ser eso —admitió Alastair—, Sí, puede ser...

—Hay algo más todavía, ¿verdad?

—Pues... Bien, según la señorita Travers, cuando ella le pidió a Kensler que le explicara el motivo de su insistencia en que aceptase ir a la fiesta, él se mostró nervioso e inquieto si iba a darle una buena noticia, según nuestras aparentemente lógicas deducciones?

—Quizá no son tan lógicas.

—Yo creo que sí, señor. Lo son. Entonces, ¿qué pudo producir inquietud o nerviosismo en Waldo Kensler? Lo que fuese, tuvo que ser después de haber llamado él a la señorita Travers para pedirle que fuese a la fiesta. Quiero decir que algo de lo que sucedió allí mismo, en casa de Jebediah Morgan, inquietó y preocupó a Kensler, y le hizo desistir de decirle a la señorita Travers lo que ésta quería saber.

—¿Alguna amenaza, tal vez, contra Kensler?

—¿Amenaza? No, no creo, señor... Un hombre que ha sido amenazado no baja a leer y fumar a la biblioteca a una hora tan poco conveniente para sentirse seguro. No, no creo que fuese una amenaza. Pero sí estoy convencidísimo de que estuvo conversando con su asesino mientras ambos fumaban.

—Chocante, ¿no es cierto?

—Eso me parece a mí. Bueno, no tenemos por qué darle tantas vueltas: mientras mis compañeros andan por ahí siguiendo los rastros de Tucker y Blossom, yo puedo ir a charlar con la señora Kensler y apretarle las clavijas.

—Es decir, que usted prefiere seguir tras la pista del rojo de labios.

—Sí.

—De acuerdo. Téngame al corriente.

—Un minuto más tarde, Alastair entraba en el cuarto donde Lavinia Travers se disponía a pasar la noche. La muchacha, que estaba sentada en un viejo sillón hojeando una revista, se quedó mirándolo expectante.

—¿Todo va bien, teniente?

—Sí, gracias a su testimonio. No quiero ocultarle que hasta que terminemos este asunto las cosas no van a ser fáciles para usted. Pueden insistir en matarla.

—De momento estoy viva..., gracias a usted. Y eso me hace pensar que me gustaría ser china.

—¿China?

—Y que usted fuese chino, claro. ¿Sabe qué hacen los chinos

cuando alguien les salva la vida?

—Algo he oído.

—Se pegan como lapas a su salvador, a quien consideran con derecho a disponer del resto de la vida que ellos han salvado.

—Seguramente es una costumbre antigua, ya en desuso.

—Y además, ni usted ni yo somos chinos —rió Lavinia—. Es usted un hombre... sedante, teniente.

—¿Sedante?

—Parece que junto a usted nunca tenga que pasar nada malo.

Se quedaron mirándose. Alastair bajó de pronto la mirada hacia sus nervudas manos.

—Voy a hablar con Susan Kensler —murmuró—, Y no me gustaría hacer el tonto, señorita Travers.

—Si usted quiere escribo una declaración y se la firmo: le presté mi lápiz de labios a Susan. ¿Lo escribo?

—Creo que no es necesario. Buenas noches, señorita Travers.

—Déle recuerdos a Susan. Y dígle que no intente dejarme por embustera, porque las demás vieron cuando le dejé mi pintalabios. Sería una tontería que intentara negarlo.

* * *

Susan Kensler no lo negó.

Ni lo aceptó.

En realidad, no dijo nada. No podía. Nunca más podría ya hacer nada de nada.

Estaba en la bañera del dormitorio de su casa, completamente desnuda, sumergida en agua que no parecía agua, porque tenía un denso tono rosado, casi rojo.

Era escalofriante.

A Alastair y a Nickers les parecía todavía estar oyendo los gritos de la criada que había subido a avisar a la señora Kensler de la visita. La criada había dicho que la señora estaba en su habitación, y había subido a buscarla. Luego, los dos policías oyeron los tremolantes alaridos de la mujer, y se lanzaron escaleras arriba, salvando los peldaños de cuatro en cuatro. Encontraron a la criada todavía ante la puerta del cuarto de baño, gritando y mordiéndose los nudillos. Parecía haberse vuelto loca. Nickers la «tranquilizó» con una sonora bofetada, y la apartó de la puerta.

Ahora, la criada estaba sollozando sentada en una butaca del dormitorio, y los dos policías contemplaban el espectáculo: Susan

Kensler sumergida en un baño de sangre. Apenas se le veía parte de la cabeza, pues se sumergía en el agua. Agua rojiza, rosada quizá, pero que permitía ver, como entre sombras, el contorno de su desnudo cuerpo.

Por supuesto que Alastair sabía que no debía tocar nada, a menos que quedase alguna duda respecto a la supervivencia de la persona afectada de accidente o atentado; si existía duda razonable sobre su posible salvación, lo demás pasaba a segundo término. Así que Alastair metió la mano en el agua tibia, y buscó la carótida de Susan Kensler. Luego, tras retirar la mano y mover la cabeza, miró a Nickers, que estaba pálido.

—Llama al Departamento, Derek. Desde un teléfono de abajo.

—¿Eh...?

—Vamos, reacciona. Y llévate a la criada.

Nickers asintió, y abandonó el cuarto de baño, Alastair se incorporó, y miró alrededor. No parecía que hubiese nada digno de especial atención. Todo estaba en orden. Es decir, en lo que él consideraba orden, lo que no significaba que estuviera como Susan solía tenerlo habitualmente, pero eso era difícil de saber. Quizá la criada, cuando se recobrase del *shock*, pudiese decir algo al respecto. Pero la apariencia de todo era normal.

Salió al dormitorio de matrimonio. También allí parecía todo en orden. Junto al armario estaban las ropas que Susan Kensler había utilizado en la fiesta de la noche anterior en casa de Jebediah Morgan, y esto podía comprenderlo fácilmente Alastair, pues antes de ir a la casa de los Kensler había estado en la de Morgan, creyendo que la señora Kensler todavía estaba allí. Pero no. Morgan le había dicho que, finalmente, aquella tarde, Susan se había marchado. Es decir, Cameron Lippman la había llevado en su coche, pues ella no quería conducir. De modo que Susan Kensler había llegado a su casa, se había desnudado, y se había metido en la bañera... Sobre la cama tenía preparada ropa interior y una bata; evidentemente, aquella noche no pensaba salir, lo que, dadas las circunstancias de su reciente viudez, con el marido todavía en el depósito de cadáveres, era natural.

¿Qué estaba ocurriendo?

Alastair se acercó a la ventana, y miró hacia el jardín, a oscuras. Llegaban las luces de la avenida residencial, creando sombras. El policía sentía calor, de modo que acercó las manos a la ventana de guillotina, dispuesto a abrirla... Las retiró vivamente. Pero acto seguido movió la cabeza, como burlándose de sí mismo. ¿Qué huellas esperaba encontrar? La causa de la muerte de Susan parecía clarísima: se había cortado las venas, y se había sumido en el sueño eterno en el calorcillo del agua de la

bañera.

¿Por qué había hecho Susan Kensler una cosa así? Alastair pensó en la posibilidad de que hubiera sido por pena debida a la muerte de Waldo Kensler, pero rechazó la idea. Susan Kensler había sido por lo menos doce años más joven que Waldo Kensler, es decir, que tenía algo menos de cuarenta años en el momento de su muerte. Y había sido una mujer atractiva, muy apetecible... Sí, ahora que pensaba en ello, Susan Kensler había sido apetecible; una de esas mujeres que al llegar a los cuarenta sabe lo que quiere y lo que puede ofrecerle a un hombre. Elegante, bien cuidada, exquisita, conocedora de los placeres de la vida, seguramente con una muy activa vida sexual todavía... ¿Por qué había de matarse? Viuda o no, la vida todavía podía ofrecerle mucho. Por mucho que hubiera amado a su Waldo Kensler, la vida seguía para ella.

El rojo de labios.

¿Había caído por fin en la cuenta Susan del error cometido, y, comprendiendo que la policía llegaría a saberlo, había decidido... cortar, por lo sano, no ser acusada de la muerte de su marido?

¿Podía ser por esto, por el rojo de labios?

Pero todavía quedaba otra idea en la mente de Alastair Forrest, naturalmente: ¿había sido *asesinada* Susan Kensler?

Oyó las pisadas de Nickers, y se volvió, dejando de mirar hacia la oscuridad del jardín.

—Ya vienen —murmuró Nickers.

CAPITULO V

—A simple vista no se aprecian señales de violencia —dijo el forense—. Aparte de las venas cortadas en ambas muñecas, claro.

Las fotografías primeras habían sido ya tomadas, y mientras esperaban que el forense terminase en el cuarto de baño, los técnicos trabajaban en el dormitorio. El forense había señalado los cortes en las muñecas de Susan Kensler, pero Alastair y Nickers, ahora que el agua había marchado por el desagüe, miraban como hipnotizados el rostro de Susan Kensler, que tenía una extraña mueca como de... sueño angustioso. Los párpados estaban cerrados, lo que les evitaba la contemplación de los ojos... ¿Qué expresión debía haber en los ojos de Susan Kensler?

—En cuanto al modo en que lo hizo, está bien claro también —añadió el forense, señalando la hoja de afeitar que había en el fondo de la bañera.

En la cual, ciertamente, ya habían reparado Alastair y Nickers, y este último hasta había comprobado que Waldo Kensler solía afeitarse con hoja; es decir, con las nuevas maquinillas que se usan varias veces y se tiran. Una de éstas aparecía abierta sobre un estante de cristal. Abierta y sin hoja alguna en su interior.

—De todos modos —dijo todavía el forense—, sabremos mucho más con las autopsia.

—¿A qué hora calcula que murió? —murmuró Alastair.

—Es difícil precisarlo, porque el cuerpo ha estado sumergido en agua caliente... Lo mismo puede hacer dos horas que cuatro.

—Cuatro, no, porque ella llegó aquí con el señor Lippman hacia las cinco y media, según la criada, y ahora son las... nueve menos cuarto.

—O sea, que llegó aquí hace unas tres horas... Bueno, pudo morir en cualquier momento a partir de esa hora. Bueno, yo creo que hace más de una hora... Pongamos, entre las siete y las ocho.

—Es decir, que cuando nosotros llegamos quizá hacía sólo unos minutos que había muerto.

—Es muy probable —asintió el forense.

Alastair agradeció los informes con un gesto de la cabeza, y salió del baño, haciendo una seña a sus hombres para que fotografiasen de nuevo el cadáver y todo lo demás. Seguido de Nickers, bajó al salón, donde un detective acompañaba a la criada, que parecía ahora una estatua, sentada en la punta de un sillón, con las manos en el regazo. Alastair acercó otro sillón, y se sentó frente a ella.

—¿Se encuentra mejor? —preguntó amablemente.

—Sí... Mucho mejor, gracias.

—Quisiera hacerle unas cuantas preguntas, si está en condiciones.

—Sí... Sí, señor. Perdón si antes estaba tan nerviosa...

—Era natural. Bien, proseguiremos ahora, pero de todos modos no la molestaré mucho. Dijo usted antes que la señora Kensler y el señor Lippman llegaron a casa hacia las cinco y media. ¿Recuerda?

—Sí, señor. A las cinco y media.

—¿Qué pasó exactamente desde entonces, que usted recuerde?

—Bueno, pues ellos entraron en la casa... Yo ya sabía lo sucedido, así que le dije algo adecuado a la señora, no recuerdo qué. Ella me miró, pero no me contestó. Parecía que fuese a echarse a llorar. Yo... yo le pregunté si quería cenar, y ella dijo que no, que estaba muy cansada, y que sólo quería descansar. Dijo que tomaría un baño y se acostaría, para intentar dormir, pues no había dormido desde... Bueno...

—Entiendo. Siga, por favor.

—La señora subió a su dormitorio, acompañada por el señor Lippman...

—¿El subió con ella? —alzó las cejas Alastair.

—Sí. Oh, pero bajó en seguida. No estuvo ni cinco minutos. Cuando bajó me dijo que me asegurase de que la señora estaba bien, y que no debía permitir que nadie la molestara. Acompañé al señor Lippman a la puerta, y luego subí al dormitorio de los... de la...

—De los señores Kensler.

—Sí, claro... Llamé a la puerta, y la señora me autorizó a entrar. Estaba sentada en una butaca, como ausente. Le dije lo que me había dicho el señor Lippman, y que había subido por si me necesitaba para algo. Dijo que no, que todo lo que quería era descansar, que no estaba para nadie. Más o menos lo que había dicho el señor Lippman. Entonces, yo salí del dormitorio, cerré la puerta, y volví abajo, a ocuparme de mis cosas. Y así, hasta que llegaron ustedes. De no haber sido de la policía e insistir tanto en ver a la señora, les aseguro que de ninguna manera habría subido a... a...

Alastair asintió.

—¿Vino alguien más, aparte de nosotros, o hubo alguna llamada?

—No. Todo estaba... muy tranquilo. ¡Oh, Dios mío!

La criada rompió a llorar de nuevo. Alastair se puso en pie, hizo un gesto al detective indicándole que continuase con la mujer, y luego otro a Nickers para que le siguiera. Cuando salieron de la casa, Nickers le miró asombrado.

—¿Adónde vamos?
—Estamos trabajando, ¿no?
—Hombre, sí, claro... Pero nuestro trabajo está ahí dentro, con los demás que...
—No nos necesitan. Así que trabajaremos por otro lado.
—A los dos tipos aquellos ya los están buscando...
—Tampoco es eso.
—Entonces, no comprendo —Nickers se sentó en el coche junto a su jefe—. Se diría que el suicidio de Susan Nickers aclara no poco el caso, ¿verdad?
—¿En qué sentido?
—Hombre, si empezamos a analizar todo lo que...
—No vale la pena que nos molestemos, de momento. Antes, quiero ir a hablar con Cameron Lippman. Tú tienes apuntada su dirección, ¿no es así? Pues dime cuál es y vamos allá.

* * *

Cameron Lippman alzó la cabeza, se pasó las manos por la cara, y miró a uno y otro policía, ambos de pie ante él, en la salita de su apartamento en el centro de la ciudad.

—Me imagino que no pueden beber whisky —murmuró.

—No —negó Alastair—, pero usted puede hacerlo, naturalmente, señor Lippman.

—Gracias.

Se puso en pie, fue hacia el bar, y se sirvió un par de dedos de whisky, que bebió de un trago, en seco, sin más, con un gesto como de quien toma un medicamento. Los dos policías lo miraban con atención, corteses, casi amables. Cameron Lippman era todo un tipazo, desde luego. Estaba en albornoz, y todavía se veían húmedos sus largos cabellos. Hacía poco que se había duchado cuando ellos llegaron. Sí, era un sujeto muy atractivo. Más que los policías, y con un... aire diferente a ellos, más distinguido.

—Me da la impresión de que todo es como irreal —musitó de pronto Lippman, sirviéndose otros dos dedos de whisky—. ¡Dios, todo esto es espantoso!

—Señor Lippman, nosotros queríamos hacerle unas preguntas sobre la señora Kensler —dijo Alastair, de pronto.

—¿Qué preguntas?

—Entendemos que la señora Kensler decidió de pronto marcharse de la casa del señor Morgan, y que usted se ofreció a llevarla en su coche.

—Así es. Incluso me parece que apoyé la idea. No sé... Pensé que Susan quería estar sola, descansar. ¿Cómo iba a imaginar...?

—Seguramente, ni ella lo imaginaba en aquel momento. Estas cosas se deciden de repente, a veces..., y suele ser cuando se llevan a cabo. Cuando un presunto suicida empieza a darle vueltas en la cabeza al asunto, suele dejarlo correr.

—Si... Supongo que así es, sí. ¡Pobre Susan! Tan joven, tan hermosa... Bueno, es cierto que habían asesinado a Waldo, pero...

—Comprendemos por dónde van sus pensamientos. ¿Qué hablaron usted y la señora Kensler durante el camino hasta la casa de ella?

—La verdad es que no hablamos mucho —parpadeó Lippman—. No me pareció que le fuese a resultar más simpático por ponerme a charlar como una cotorra, francamente. Creo que hicimos algún comentario sobre lo sucedido. Bueno, siempre los mismos comentarios, claro: que cómo era posible que alguien hubiese hecho eso con un hombre tan bueno como Waldo, que era imposible que fuese nadie de la casa... Cosas así.

—Claro. Según la criada, subió usted al dormitorio con la señora Kensler.

—Sí, claro. Me parecía tan deprimida y fatigada... Y al mismo tiempo tan enervada. Era natural, ¿no? Tanta tensión, tantos pensamientos... Le dije que un baño caliente le sentaría bien, que incluso la tranquilizaría mucho. Me parecía tan crispada en el fondo que le pregunté si no prefería que me quedara esperándola abajo para charlar un rato. Dijo que no, que sólo quería descansar, que se tomaría un par de tranquilizantes y que esperaba dormir toda la noche. La verdad, me pareció que quizá me estaba... pasando un poco, allí a solas, en su habitación, y que posiblemente ella empezaba a considerarme un tanto pelma, de modo que me despedí y me fui.

—¿Eso es todo? ¿No le dijo ella algo que pudiese hacerle sospechar aunque fuese remotamente lo que proyectaba?

—Pero, ¿qué dice usted? —gruñó Lippman—. ¿Cree que yo me habría marchado si hubiese sospechado algo semejante? ¡Cielos, ni por un momento se me ocurrió pensar en algo así! ¡Ni remotamente! ¿Por qué tenía que pensar eso?

—Señor Lippman, tenemos ciertos indicios que nos permiten sospechar que quizá la señora Kensler fue quien mató al señor Kensler.

A Cameron Lippman casi se le cayó el vaso de las manos. Se quedó mirando a Alastair con los ojos muy abiertos, atónito, pálido.

—¿Está usted loco? —exclamó.

Alastair movió la cabeza.

—Comprendo su sorpresa.

—Pe... pe-pero... ¡Vamos! ¡Eso no es posible!

—¿Por qué no? —preguntó Nickers.

—Pues... Bueno, seamos razonables, señores. ¿Susan matar a su marido? ¿Por qué habría de hacer una cosa así, suponiendo que tuviese valor para ello?

—Esa es una interesante pregunta, señor Lippman: ¿por qué? En cuanto al valor, es una cosa muy relativa. En determinados momentos hay impulsos, sentimientos o emociones que tienen mayor intensidad que el valor. Por ejemplo, el miedo o el odio. Y no quiero decir con eso que la señora Kensler odiase o temiese a su marido: es sólo un ejemplo.

Lippman miraba fijamente a Alastair, que era quien había soltado la parrafada.

—Supongo que no puedo discutir con usted en este terreno —murmuró—. Pero no puedo creer que Susan... ¡Demonios, estaba llorando de un modo...! Parecía destrozada.

—Pudo ser la crisis natural precisamente después de haber cometido un asesinato. Y por otra parte, señor Lippman, las personas tenemos una capacidad de fingimiento verdaderamente notable. Tengo entendido, además, que una mujer puede soltar lágrimas en momentos convenientes... Mire, todos podemos fingir, cuando es preciso. Supongamos que hubiese sido usted quien hubiera matado al señor Kensler: ¿acaso se considera incapaz de comportarse como si fuera inocente, de mostrar pena, indignación, y en fin, una actitud que le hicieran poco sospechoso?

Lippman estaba atónito. Por fin, sonrió hoscamente.

—Bueno, teniente, la verdad, me parece usted... demasiado implacable.

—No ha contestado a mi pregunta, señor Lippman.

—Tiene razón: creo que podría fingir. Pero, vistas las cosas bajo ese prisma, cualquiera de los que estuvimos allí pudo hacerlo.

—Naturalmente. Eso fue lo que dije entonces, ¿no?

Cameron Lippman quedó pensativo, contemplando el casi vacío vaso que había estado a punto de caerle. Transcurridos unos segundos, volvió a mirar a Alastair.

—Bien, ¿qué es lo que puedo hacer yo? Porque supongo que no han venido solamente a ponerme al corriente de todo esto.

—Podría usted, señor Lippman, intentar recordar algo por lo que la señora Kensler hubiera deseado que su marido no existiera.

—Me temo que no podré ayudarles. Para mí, los Kensler eran un matrimonio bien avenido, simpáticos, inteligentes... Francamente,

no se me ocurre nada de lo que ustedes buscan. Creo que si hay algo que saber en ese sentido tienen más posibilidades de conseguir resultados preguntando a los Basehart, los Cavendish, o el señor Morgan. Hacía muchos años que se conocían.

—Lo tendremos en cuenta. ¿Y respecto a la señorita Travers? ¿Se le ocurre algo por lo que alguien quisiera matarla?

—¿A Lavinia Travers? —se asombró Lippman—. ¡Claro que no! ¡Es una muchacha encantadora!

—Sin embargo, esta tarde, hacia las cinco, dos hombres fueron a su casa dispuesto a matarla.

Pareció que Lippman recibiese un golpe en la cabeza.

—¿Qué? —masculló.

—Me temo que le estamos impresionando demasiado.

—¿Impresionando? —jadeó Lippman—, ¡Tengo los cabellos de punta! Por Dios..., ¿qué es lo que está pasando? ¿Matar a Lavinia? Pero, ¿por qué?

—Ah, señor Lippman, otra vez el «por qué». Esa es la cuestión, verdaderamente.

—¡No entiendo nada!

Alastair se miró las manos un momento, pensativo. Sin dejar de mirarlas, murmuró:

—No vamos a molestarle más, señor Lippman. Sólo vamos a pedirle un favor que sí está a su alcance —lo miró—. ¿Se le ocurre algo por lo que alguien esté... conspirando contra los accionistas de la Texgas?

Lippman, que había salido de detrás del bar, se dejó caer en un sillón, desconcertado. El hombre iba de un pasmo a otro.

—No sé si comprendo —murmuró.

—Si no hubiesen intervenido esos dos asesinos profesionales, la investigación seguiría exclusivamente en torno al asesinato del señor Kensler, el cual, seguramente, quedaría sancionado en cuanto el forense nos indicase que la señora Kensler se había suicidado. Pero la intervención de esos dos sujetos amplía mucho el panorama, y nos lleva a pensar en la serie de personas que, de un modo u otro, están siendo... puestas fuera de combate: la señorita Travers, su padre, los Kensler... En estas circunstancias, tenemos que pensar que todos ellos están relacionados con la Texgas..., y que todavía quedan más personas relacionadas con la Texgas.

Parecía que, en efecto, Lippman tuviese los pelos de punta. Estaba escalofriado.

—Pero eso... ¡significaría que quizá vuelvan a suceder más cosas de ese estilo! —exclamó.

—Es una posibilidad. ¿Cambian en algo las cosas dentro de la

Texgas por la muerte del señor Kensler?

—No —dijo Lippman, tras meditar unos segundos—. No, en absoluto. No cambiará prácticamente nada. Salvo en el caso de que existan herederos legales, los demás adquiriremos sus acciones en la cantidad que nos permita nuestro bolsillo, y todo seguirá igual.

—¿Y si existen herederos legales?

—Pues ocuparán el puesto de los Kensler, o tendrán que vender las acciones a los demás accionistas de la Texgas. Así está estipulado en los estatutos, de modo que... no pasa nada. En ese sentido, claro.

—Sin embargo, ¿reflexionará usted sobre ello, y nos informará si recordase algo que le pareciese... interesante?

—Desde luego.

—Ha sido usted muy amable, señor Lippman. Gracias por su paciencia, y buenas noches.

—Esperen... Un momento, por favor. Tengo que hacer algo, no sé... ¿Puedo ir a casa de los Kensler, hacer algo...?

—La señora Kensler ha sido llevada ya a la morgue, y la casa está sometida a la investigación técnica, de modo que no parece necesario ni conveniente que vaya usted allí. Sin embargo, sí podría usted ponerse en contacto con el señor Morgan y los demás, decirles lo ocurrido, y... En fin, hacer lo que consideren que deben hacer.

—Sí... Eso haré. Gracias.

—A usted, señor Lippman.

Un par de minutos más tarde, los dos policías estaban en el coche, encendiendo sendos cigarrillos. Nickers, que estaba ahora al volante, murmuró:

—Es un tipo agradable, ¿verdad?

—Sí. Vamos a darnos una vuelta por la casa de los Kensler, y luego pasaremos por el Departamento, a ver si saben ya algo de los dos asesinos.

En la casa de los Kensler no había novedad digna de mención, por el momento, así que fueron al Police Department. Allí, tampoco había novedad importante: sólo la referente a la camioneta del taller de reparaciones de TV, de la que se sabía ya que había sido robada a las tres de aquella tarde. Entre unas cosas y otras, eran ya las once y pico de la noche cuando Alastair pareció recordar a la invitada del Departamento, la señorita Travers, la cual estaba durmiendo, lo que hizo sonreír a Nickers.

—Verdaderamente —comentó—, tiene un espíritu recio: sería digna esposa de un policía, ¿no te parece?

—Sí.

—¿La has besado ya, al menos?

—No se me ha ocurrido.

El sargento soltó un bufido, mientras Alastair le contemplaba irónicamente.

—Bueno, ¿qué hacemos ahora? —masculló Nickers.

—El señor Lippman debe haber convocado reunión de amigos de la Texgas, y presiento que pueden estar de nuevo reunidos en la casa del señor Morgan. Date una vuelta por allí, a ver qué se cuece..., y de paso, como quien no quiere la cosa, te enteras de si, realmente, las invitadas de anoche vieron cómo la señorita Travers prestaba su rojo de labios a la señora Kensler.

—Coño, Alastair, eres diabólico... ¿Todavía desconfías de la muchacha? ¡Han querido matarla!

—Lo sé. Pero un buen policía debe ser básicamente aficionado a los chismorreos. Y te diré por qué, Derek... ¿O no te interesa escucharme?

—Haré un esfuerzo —sonrió el sargento. ,

—Verás, cuando la gente está hablando en serio siempre suele tener mucho cuidado con lo que dice: se lo piensa bien antes de dejar ir una palabra tras otra. En cambio, cuando se chismorrea, las palabras salen solas, con más espontaneidad..., y es ahí donde se puede encontrar una palabra que no encaje.

—Lo dicho: eres diabólico. ¿Qué harás tú?

—Voy a romperme los cuernos un rato.

Derek Nickers soltó una carcajada.

—¡Menos mal que eres soltero, si no, parecería que...!

Se fue, riendo, divertido por la broma de siempre. Sabía perfectamente a qué llamaba Alastair, y él mismo, «romperse los cuernos». Era un trabajo aburrido a veces, pero apasionante en general, un ejercicio mental que se llevaba a cabo cuando no se habían tomado notas taquigráficas de los interrogatorios; Alastair se sentaba a su mesa con unas cuantas cuartillas, y comenzaba a escribir todo lo que se le iba ocurriendo sobre el caso: respuestas de los testigos, ideas propias sobre determinados detalles, palabras sueltas, indicios visuales, hora de la muerte de la víctima, el tiempo que hacía, comentarios de cualquier clase, arma utilizada... Era como un rompecabezas formado de palabras, frases, y a veces incluso dibujos: el sol, un reloj, una pistola, un ojo con largas pestañas...

Aquella noche, lo primero que hizo Alastair Forrest fue dibujar unos labios femeninos, gordezuelos, incitantes, bonitos, y luego los pintó de rojo con un rotulador.

CAPITULO VI

Hacia las nueve de la mañana comenzaron a suceder cosas.

Una de ellas, que llegaron dos de los abogados de Jebediah Morgan, solicitando del Departamento ser puestos al corriente de lo sucedido tanto a la señorita Travers como a la señora Kensler. El propio Alastair, que habíase afeitado hacía un par de minutos, los recibió y atendió a plena satisfacción de los abogados, que parecían encantados con él.

Casi al mismo tiempo, llegó la noticia de que los detectives encargados de localizar a Tucker y a Blossom, lo habían conseguido: cada uno de ellos tenía un apartamento en un edificio moderno en Jefferson Avenue. Estaban investigando allí, a ver qué encontraban.

Poco después, llegó el informe forense sobre Susan Kensler, en manos del propio forense, que lo entregó a Alastair tras saludar a éste y a Nickers. Y mientras tendía el informe, dijo:

—Había tomado barbitúricos.

—Ah, sí, es cierto —asintió Alastair—, El señor Lippman nos dijo que ella había decidido tomar un par de pastillas para dormir.

—¿Un par?

Alastair y Nickers lo miraron vivamente.

—¿Cuántas? —exclamó Nickers.

—Por lo menos cinco.

—¿Está seguro?

—Lo estaría del todo si no las hubiera tomado ya disueltas. Pero no menos de cinco, me juego lo que quieran. Incluso seis.

Alastair removió un montón de fotografías, separó una que mostraba una de las estanterías del cuarto de baño de los Kensler, y la mostró al forense, señalando uno de los frascos.

—¿Pudieron ser de éstas? —murmuró.

—Sí.

—¿No ha encontrado absolutamente ninguna señal de violencia física externa en el cuerpo de la señora Kensler?

—Ninguna en absoluto. Si está pensando que pudieron obligarla rudamente a tomar esas pastillas, olvídelo. Nada de eso. Ahora bien, me pregunto por qué tenía que tomar cinco o seis pastillas de ésas una persona que pensaba suicidarse.

—¿Las dosis de cinco o seis pastillas eran suficiente para matarla?

—No, eso no. Bueno, habría dormido un montón de horas, quizá todo un día, y luego no se habría sentido precisamente ligera, pero no había peligro alguno de muerte. Pienso que debía estar verdaderamente crispada para tomar semejante dosis, desde

luego. Tanto, que es posible admitir que luego, en la bañera, lo viese todo tan negro que decidiera dormir... más tiempo.

—Eternamente —murmuró Nickers;

—Sí, en efecto.

Alastair permaneció pensativo durante casi un minuto, observado por Nickers y el forense. Por fin, murmuró:

—Los abogados del señor Morgan se harán oportunamente cargo de los cuerpos de los Kensler.

—Por mí, cuando quieran.

—Bien. Gracias por todo, doctor.

—Hasta otra —se despidió el médico.

Derek Nickers esperó a que la puerta del despacho de Alastair se cerrase antes de decir:

—Tú dirás lo que quieras, pero una persona capaz de matar a otra fríamente no hace luego eso, Alastair. Es una imbecilidad demasiado grande.

—Sí —Alastair se puso en pie—. Espera aquí.

Salió de su despacho, y poco después entraba en la habitación donde estaba instalada Lavinia Travers, que lo miró expectante.

—Buenos días, señorita Travers. ¿Ha descansado bien?

—Muy bien, gracias. Buenos días. ¿Viene a preguntarme de nuevo sobre mi rojo de labios?

—No —Alastair miró los recién pintados labios de la muchacha, conteniendo una sonrisa—. Sé ya definitivamente que usted prestó su pintalabios a la señora Kensler.

—Ah... Veo que Susan lo ha admitido,

Alastair vaciló, y optó en seguida por no decirle todavía a Lavinia lo sucedido a Susan Kensler.

—Venía a hacerle una pregunta sobre un tema que parece diferente, pero que podría estar relacionado con todo esto. ¿Sabe usted de alguien que pueda tener interés en incordiar o perjudicar a las personas relacionadas con la Texgas?

Lavinia meditó unos segundos antes de preguntar a su vez:

—¿A las personas relacionadas con la Texgas... o a la propia Texgas?

—A ambas partes —parpadeó Alastair.

—No comprendo qué ganaría nadie perjudicando a las personas relacionadas con la Texgas. En cuanto a perjudicar a la compañía, supongo que las únicas que podrían beneficiarse de algún modo serían las compañías rivales, pero no creo que valga la pena. Hay algo que nadie podrá evitar, y es que la Texgas siga teniendo gas y manufacturándolo. Mientras haya gas, dará beneficios, sea a quien sea.

—Digamos que es un barco que no puede ser hundido.

—Sí.

—Y que todo lo que puede cambiar es quién o quiénes viajan en ese barco.

—Sí... Sí, exactamente.

—Pues digamos que, de momento, parece que han querido... cambiar a cuatro pasajeros.

—No le comprendo.

—Su padre ha sido... retirado de la circulación. Luego, el señor Kensler. Después, quisieron matarla a usted. Y finalmente, anoche, la señora Kensler se suicidó.

—¡Dios mío! —jadeó Lavinia, palideciendo—. ¿Qué... qué dice usted, Alastair?

Lavinia se había acercado al policía, y al oír esto se estremeció, pareció que incluso fuese a desmayarse; Alastair se apresuró a asirla por los brazos.

—Lo siento —murmuró—. He sido demasiado brusco.

—Pe-pero... ¡esto es espantoso! —sollozó la muchacha—. ¡No puedo creerlo! Oh, Dios, ¡pobre Susan! ¿Cómo... cómo sucedió?

Alastair ayudó a sentarse a Lavinia, se sentó frente a ella, y le explicó lo sucedido, sin entrar en detalles demasiado desagradables. Cuando terminó el relato, Lavinia estaba más serena, pero todavía incrédula y deprimida.

—¿Por qué haría Susan una cosa así? —murmuró.

—Le aseguro que lo sabremos..., si es que realmente lo hizo ella.

—¿Qué quiere decir?

—Bueno, señorita Travers, la única cosa que hasta el momento está clara es que la señora Kensler falleció. Respecto a lo demás, se pueden hacer muchas especulaciones. Y éste es trabajo mío, no de usted —se puso en pie—. ¿Puedo confiar en que permanecerá aquí hasta que sea prudente?

Lavinia también se puso en pie, y se quedó mirándolo con gesto de simpática expectación.

—¿Se preocupa usted por mí, Alastair?

—Naturalmente. Dadas las circunstancias, comprenderá que la policía debe...

—Ah. ¿Sólo como policía?

—Bueno, realmente...

—¿Sí?

—Tengo muchas cosas que hacer.

—Ya. Bien, pues vaya a hacerlas. De todos modos, y aunque sólo sea oficialmente, gracias por preocuparse por mí, Alastair.

Se quedaron mirándose. Alastair titubeaba. Lavinia se alzó sobre las puntas de los pies, lo besó en los labios, y luego se quedó mirándolo sonriente, pero también expectante. Alastair parecía no

haberse enterado siquiera de que una preciosa muchacha acababa de besarle en la boca. Pero de pronto, sonrió ampliamente, dio media vuelta, y salió del cuarto.

Nickers se quedó mirándolo cuando entró en su despacho.

—¿Y bien? Aquí estoy, esperando, jefe.

—Derek, estoy llegando a la conclusión de que todas estas cosas están relacionadas unas con otras, y todas con la Texgas... ¿Qué pasa? ¿Por qué me miras así?

Nickers soltó una carcajada.

—Deberías limpiarte los labios —exclamó, riendo.

Alastair frunció el ceño y masculló algo. Sacó un pañuelo, lo acercó a su boca..., y quedó inmóvil. Parpadeó. Luego, lentamente, guardó el pañuelo, y miró hacia su mesa. Se acercó, tomó el paquete de cigarrillos, y ofreció uno a Nickers, que le contemplaba con sonriente curiosidad. Nickers encendió su cigarrillo, mientras el teniente hacía lo mismo con el suyo. Chupó un par de veces, sonrió prietamente, y colocó su cigarrillo ante el rostro de Derek Nickers.

Este, que comenzaba a mosquearse, miró el cigarrillo de Alastair.

Y de pronto, palideció.

—¡Por todos los demonios...! —jadeó.

—¿Qué pasa? —persistió la dura sonrisa de Alastair.

—¡Tu cigarrillo! ¡Está manchado de rojo de labios...!

—¿De veras? No me había dado cuenta. Pero bueno, de todos modos es normal, ya que yo tengo los labios manchados de carmín. Precisamente del rojo de labios Redsky, de Oberon. Y por cierto, no es costumbre mía pintarme los labios, Derek.

—¡Claro que no! ¡Pero si una mujer te besa...!

Nickers se dejó caer en una silla frente a la mesa de su jefe. Este fue a sentarse a su sitio, dejó sobre el cenicero el cigarrillo manchado de carmín, y procedió, ahora sí, a limpiarse los labios con el pañuelo.

—Entonces... ¡pudo ser un hombre! —exclamó Nickers.

—¿Cuál de ellos? —preguntó plácidamente Alastair.

—Bueno, sólo tenemos que buscar a uno de los que había en aquella casa al que Susan Kensler pudiera besar. No eran muchos.

—¿Por qué Susan Kensler? Ella no era la única en utilizar Redsky de Oberon aquella noche después de la cena. También lo utilizaba la propietaria del rojo de labios, Lavinia Travers.

—¡Vamos, Alastair...!

—¿Quieres que descartemos a la señorita Travers?

—¡Y tú también lo quieres, no me vengas con pamplinas!

—Las posibilidades son dos. ¿Por qué descartar una?

—¡Alastair, vete al huevo! ¡Los dos tenemos la seguridad de que no fue Lavinia Travers quien besó a... a...!

—¿A quién?

—¡Al asesino!

—Vale. ¿No fue Lavinia? Vamos a aceptarlo, de momento. En ese caso, fue Susan Kensler. Ahora bien, oficialmente, Lavinia sólo podía besar en los labios a su marido, ¿no?

—¿Y eso por qué? El mundo está lleno de hombres que engañan a sus mujeres y mujeres que engañan a sus maridos. De modo que Susan Kensler pudo perfectamente besar a otro hombre.

—Otro hombre. Aceptado. ¿Qué hombres había en la casa del señor Morgan? Veamos: el propio señor Morgan, Cameron Lippman, Angus Cavendish, Dexter Basehart..., el mayordomo, John Prescott, y el chófer y jardinero a la vez, Jeremy Buckee. ¿Cuál eliges, Derek?

—Cameron Lippman.

—¿Por qué?

—Si yo fuese mujer, y engañara a mi marido, lo haría con Lippman, no con cualquiera de los otros. ¡Es guapo, el muy...! ¡Hijo de la gran...!

—Cálmate. Estamos especulando, ¿no?

—¡Qué demonios de especulando...! ¡Y esas pastillas para dormir...! ¡El se las hizo tomar!

—¿A Susan Kensler? Bueno, quizá. Pero recuerda que la dosis no era mortal. Susan Kensler habría dormido quizá todo un día, se habría sentido pesada..., pero nada más.

—Era suficiente con dormirla.

—¿Para qué, Derek?

—Para volver luego, encontrarla tan profundamente dormida que no se diese cuenta de nada, y meterla en la bañera. Cortar unas venas es muy fácil. Y Susan Kensler ni se enteró de que pasaba del sueño a la muerte.

—Veamos: ¿tú tomarías cinco o seis pastillas para dormir?

—Bueno... No. Claro que no. Susan Kensler estaba tan crispada... Cameron Lippman pudo convencerla para que... ¡Espera! ¿No dijo el forense que las tomó ya disueltas?

—En efecto —sonrió de nuevo fríamente Alastair.

—Bueno, él le dijo que le iba a preparar un par de pastillas para dormir, pero disolvió cinco o seis en lugar de dos. Así se aseguraba de que ella se quedaría dormida como un tronco, de que no se iba a enterar de nada. Y en efecto, la encontró dormida cuando volvió...

—¿Volvió? ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿La criada no ha mencionado eso en ningún momento? —¡El *tuvo* que volver!

—Pero, ¿cómo? ¿Quizá cruzando la parte del jardín que da a aquel lado de la casa, y que está bastante oscuro..., escalando luego la pared por las ranuras de los bloques y ayudándose con la enredadera, y entrando por la ventana de guillotina que había dejado abierta antes de marcharse..., y utilizando guantes para no dejar ninguna huella cuando la abrió ni cuando la cerró por fuera cuando se marchaba después de cortarle las venas a Susan Kensler? ¿Te parece que pudo ser así, Derek?

—¡Claro que tuvo que ser así! ¡Y tú ya lo *sabías*! ¡El la mató!

—¿Por qué?

—Pues porque ella sabía que él había matado a su marido.

—Es un buen motivo —asintió Alastair—. Pero me inclino a creer, si seguimos con estas especulaciones, que la cosa está un poco más complicada.

—¿Complicada? ¡Está clarísima!

—No lo creo así. Si Lippman se había propuesto matar a Waldo Kensler, cabe pensar que Susan estaba al corriente de esto, ¿no? Admitiendo la posibilidad de que Susan y Lippman fuesen amantes, él no podía arriesgarse a matar al marido sin que ella supiese lo que iba a suceder y estuviese de acuerdo. De otro modo, si para Susan era una diversión pasajera el supuesto lío amoroso con Lippman, habría sospechado de Lippman al parecer muerto Waldo Kensler, y Lippman no podía estar seguro de que ella callaría. Una mujer puede engañar a su marido unas cuantas veces, pero no desear ni el divorcio ni que el marido muera. De modo que Lippman podía temer esto, ¿no? Y la consiguiente denuncia. Entonces, antes de matar a Waldo Kensler, tenía que estar seguro de que Susan Kensler estaba de acuerdo. ¿Sí?

—Vale —gruñó Nickers.

—Entonces, veamos qué ocurrió... Waldo Kensler llama a Lavinia Travers y le dice que vaya a la fiesta de Morgan, que tiene algo para ella. Lavinia acude a la fiesta, pero entonces, Kensler se hace el remolón, parece inquieto, nervioso. No le dice qué tiene para ella, qué tiene que decirle, lo atrasa, lo elude... ¿Por qué?

—Algo ha cambiado.

—Exacto. Algo ha cambiado, y seguramente, durante la fiesta misma. Algo que ha hecho desistir a Kensler de decirle a Lavinia qué es lo que tiene para ella. Luego, Waldo Kensler baja a la biblioteca, cuando ya todos se han retirado a descansar. Ha sido una fiesta divertida, alegre, se ha bailado, reído, bebido... Waldo Kensler tiene una esposa muy bonita, sugestiva, apetecible..., pero él baja a la biblioteca y ella se queda durmiendo. ¿Esto es normal?

—No. Habría sido más normal que, en todo caso, él bajara a la

biblioteca después de echarse un buen revolcón con su mujer, que para eso es guapa y apetecible. Luego, ella se duerme, y si él es tan insomne, baja a la biblioteca.

—De acuerdo. Pero no sucede así, sino que prácticamente en cuanto todos se han recogido en sus habitaciones, Kensler baja a la biblioteca. Su esposa ha quedado dormida, dice... Como sea, esto demuestra que él ha quedado citado con alguien en la biblioteca. En cuanto a Susan, que no está dormida, sino simulándolo, precisamente para que él baje a la biblioteca, salta de la cama en cuanto Kensler ha bajado, y, discretamente, entra en el cuarto de Lippman, donde él está esperando el momento. Posiblemente ella le dice que Kensler ya ha bajado. Terrible momento: Lippman tiene que convencer a Kensler de algo, a solas, muy discretos los dos. Y es algo que, si no se consigue por parte de Lippman a las buenas, se conseguirá a las malas. Lippman ya sabe que Morgan tiene una pistola, posiblemente ya la ha cogido antes, eso no importa. Bien, Lippman y Susan saben que si el marido de ella no cede, Lippman tendrá que matarlo. Sí, es un momento terrible. Se despiden con un beso apasionado y nervioso...

—¡El rojo de labios en el cigarrillo!

Alastair asintió con la cabeza, y entornó los párpados.

—Luego —susurró—, Lippman baja a la biblioteca. Kensler ya está allí, leyendo. Hablan un poco... Kensler fuma, ofrece un cigarrillo a Lippman. De momento, todo va bien, sólo se trata de intentar llegar a un acuerdo. Pero, a medida que pasa el tiempo, Lippman va comprendiendo que Kensler no va a ceder. Entonces, saca la pistola envuelta en un pañuelo. Kensler no ve bien de momento de qué se trata. Cuando ve la pistola, da un brinco. Lippman dispara. Luego, sale a toda prisa de la biblioteca, como un rayo..., tanto, que cuando los demás empiezan a salir de sus habitaciones, él ya está en la suya. Sale de nuevo, como los demás, hecho un comediante. En la biblioteca ha quedado la colilla del cigarrillo que él ha estado fumando, pero ni se acordó de recogerla entonces, después de matar a Kensler, ni piensa en ella en aquel momento. Y por supuesto, ni remotamente se le ocurre pensar que ha dejado manchada de carmín la colilla, el filtro. Pero luego, sí se acuerda, se entera de que la colilla está allí, que la hemos encontrado, que está manchada de carmín. Se lo dice a Susan Kensler, y ésta se asusta, comienza a ponerse nerviosa. Pero, en determinado momento, Susan recuerda que el carmín que hay en el cigarrillo no es el suyo, sino el de Lavinia Travers. Se lo dice a Lippman. Este comprende que nosotros sabremos eso, y, en cuanto Lavinia se marcha a su casa, él se las

arregla para llamar a alguien que se encargará de ella, a fin de que no diga que prestó su rojo de labios a Susan. Luego, se entera de que Lavinia no ha sido eliminada, y que ha sido puesta bajo protección policial, de momento en su propia casa. Y por si esto fuera poco, sabe ya por Susan que no sólo Lavinia puede decir que ella utilizó aquella noche el Redsky de Oberon, sino que pueden decirlo las otras mujeres, que lo presenciaron todo en el tocador. Lippman comprende que iremos a por Susan, la cual está a cada instante más nerviosa y crispada. Está aterrada. Y Lippman llega a preguntarse: ¿qué es lo que pasará si la policía viene a interrogar a Susan?

—Que ella se derrumbará y lo dirá todo.

—Exacto. Entonces, o tiene que matar a Lavinia y a las demás mujeres que asistieron al... préstamo del rojo de labio, o... tiene que matar a Susan. Las cosas se han puesto mal, sabe que ella lo dirá todo en cuanto la presionemos un poco. Así pues, opta por lo más sencillo: matar a una sola mujer. Y eso hace.

—Jolín, ¡parece como si lo hubieras estado viendo todo!

—Recuerda que sólo estamos especulando.

—Nada de eso. Fue así como sucedió todo.

—Todavía no podemos afirmarlo de un modo rotundo. Y en cuanto a pruebas, ni una sola. Es todo tan fantástico, Derek... Sin embargo, me pregunto: ¿qué tenían que hablar Lippman y Kensler? Tuvo que ser algo que perturbó de tal modo a Kensler que éste no quiso explicarle a Lavinia el motivo de su insistencia en que acudiese a la fiesta. Y esa cosa tenía que estar relacionada con el padre de Lavinia, el cual está detenido por presunta malversación de trescientos veinticinco mil dólares. Y esa cosa que Kensler tenía para Lavinia podía ser de tal índole que, beneficiando a Lavinia y a su padre, perjudicase a otra u otras personas...

—¡Al propio Lippman!

—Podría ser. Pero yo me pregunto: ¿por qué Kensler tenía que escuchar a Lippman en contra de su viejo amigo Martin Travers, que podía estar detenido injustamente? ¿Con qué o cómo le amenazó Cameron Lippman? ¿Qué podía perder Kensler su perjudicaba a Lippman?

—La esposa, quizá.

—A la cual, sabemos bien, Waldo Kensler amaba profundamente. Y de pronto, se encuentra con un tipo guapo que le dice más o menos que si sigue adelante con tal cosa, él se va a quedar con su esposa, que ella le pedirá el divorcio, y ¡adiós, Waldo, ex marido mío!

—Y Kensler no puede soportar eso y decide... intentar un acuerdo

con el guapo amante de su mujer.

—¿Te parecen descabelladas estas especulaciones?

—Para mí está todo bien claro, Alastair. ¡Y no sé qué estamos esperando para ir a detener a ese criminal!

—Estamos esperando conseguir pruebas.

—Pues no parece que eso vaya a ser fácil —gruñó Nickers.

—Depende.

—¿De qué?

—De lo que haga a partir de ahora el señor Lippman.

—¿Qué puede hacer?

—Si no hubiesen intervenido dos asesinos profesionales, la cosa quedaría encerrada en un círculo... económico-pasional dentro de la Texgas. Pero según nuestras especulaciones, Lippman pudo recurrir a dos sujetos de semejante calaña. ¿Qué significa esto?

—Que hay alguien que está de acuerdo con Lippman, dispuesto a apoyarle en lo que sea. Incluso contratando asesinos.

—Asesinos que han sido muertos y que están siendo investigados. También ha muerto Susan Kensler. Y por supuesto, los... desconocidos amigos de Lippman saben que él la ha matado, para ponerse a salvo. La situación se les ha complicado mucho, de modo que, a menos que lo que Lippman puede conseguirles sea muy importante...

—¡Se lo cargarán a él!

—Podría ser. Pero tiene que ser importante, pues de otro modo no habrían contratado a toda prisa un par de asesinos profesionales. Y si es tan importante, Lippman tiene que seguir en ello, ¿no?

—Claro.

—Bueno, pues lo estaremos vigilando.

Nickers quedó un instante boquiabierto. Luego, aulló:

—¿Es eso todo?

—Respecto a Lippman, sí, a menos que tú puedas presentar pruebas *concretas y tangibles* contra él. ¿Puedes?

—No —gruñó Nickers.

—Entonces, hablemos de otra cosa. Le he estado dando vueltas a esto precisamente —Alastair desparramó sobre la mesa los papeles en los que había estado haciendo anotaciones—, Rompiéndome los cuernos, anoté esto: Waldo Kensler le dijo a Lavinia Travers por teléfono que tenía algo para ella.

Nickers miró la frase escrita, y asintió. Miró a Alastair.

—Bueno. ¿Y qué? Ya sabemos que Kensler quería decirle...

—¿Decirle? ¿O entregarle? Kensler le dijo a Lavinia que *tenía* algo para ella. Claro, puede ser un modo de hablar, pero cuando se habla con propiedad, *tener* algo para una persona es disponer de algo que se le puede entregar, algo material, tangible. ¿O no?

—Hombre, sí, pero... Tú mismo has dicho que puede ser un modo de hablar.

—Sí. Pero, ¿qué perdemos echando un vistazo por la casa del señor Morgan, concretamente y de modo preferente a la habitación donde estuvieron alojados los Kensler?

—Como perder, no perdemos nada: sólo el tiempo, si acaso.

—Derek: mientras estemos haciendo algo relacionado con el trabajo por el que nos pagan, *nunca* estaremos perdiendo el tiempo. De modo que iremos a casa del señor Morgan..., después de encargar que nos tengan estrechamente vigilado a Cameron Lippman, naturalmente.

CAPITULO VII

El señor Morgan no estaba en su casa, sino en la funeraria, a la que habían sido llevados los cadáveres de Waldo y Susan Kensler, y a la cual fue llamado por el mayordomo Prescott. Unos veinte minutos más tarde, Jebediah Morgan llegaba a su casa, donde, en el salón, le estaban esperando Alastair y Nickers.

—Esperamos que nos perdone la molestia, señor Morgan —se apresuró a disculparse Alastair.

—Bueno, la verdad es que el ambiente es allá un poco deprimente. Y extraño. No hay familiares, sólo amigos, en la funeraria. Cameron y yo nos estamos encargando de todo como podemos... El sepelio será mañana. Bien, ¿qué ocurre ahora?

—Nos gustaría echarle un vistazo a la habitación donde estuvieron los Kensler, y naturalmente precisamos su permiso. Nos ha parecido que no hacía falta recurrir a órdenes judiciales.

—Claro que no —se desconcertó Morgan—, pero, ¿qué es lo que buscan?

—No lo sabemos. Quizá nada. En realidad es sólo una- teoría mía, una corazonada, más bien.

—Está bien —encogió los hombros Morgan—. Desde luego, pueden buscar lo que quieran y donde quieran. Mientras tanto, y aprovechando que estoy en casa, haré unas llamadas telefónicas. A menos que me necesiten para algo.

—Al darnos su permiso ya ha sido suficientemente amable.

Poco después, los dos policías comenzaban la búsqueda de no sabían qué en la habitación que habían ocupado los Kensler. Miraron en el armario, debajo del colchón, en el cuarto de baño, detrás de un par de cuadros, bajo la alfombra... De cuando en cuando, se miraban uno a otro, con gesto de decepción.

—No puede ser algo muy grande —dijo Alastair—, sino que quepa en cualquier parte.

—Pues muy pequeño ha de ser para que no lo encontremos, si es que hay algo, claro. Para mí que todo esto... ¡Un momento! ¿Y en la biblioteca? Kensler estaba leyendo un libro, ¿no?

Se quedaron mirándose un instante, y luego salieron disparados de la habitación. En pocos segundos entraban en la biblioteca, cuyo precinto rompió impulsivamente Nickers, que se precipitó hacia la mesita donde, en efecto, estaba el libro que Kensler podía haber estado leyendo. Lo tomó, lo abrió, lo hojeó rápidamente... De nuevo el desencanto. No había nada en el libro.

—El sillón —exclamó Nickers.

Buscó en las junturas del asiento del sillón, pero allí tampoco

parecía haber nada...

—Ve a buscar al señor Morgan —murmuró Alastair, tras mirar en torno lentamente.

—¿Para qué? ¿Qué pasa?

—Tráelo aquí.

Nickers regresó con Morgan un minuto más tarde. Alastair le tendió al propietario de la casa el libro encontrado sobre la mesita.

—¿Quiere ponerlo en su sitio, por favor, señor Morgan?

Este asintió, desconcertado, mientras Nickers lanzaba una exclamación ante la nueva posibilidad. Morgan se fue directo, sin titubear, a la parte de la impresionante biblioteca donde debía ser colocado el libro. Pero, cuando estuvo ante el pequeño hueco, y se disponía a cubrirlo, Alastair lo apartó suavemente.

—Permítame.

Metió la mano en el hueco, sacó un par de libros, y los tendió a Nickers, que comenzó a hojear uno de ellos. En el momento en que Alastair se disponía a tomar otros libros para él, divisó al fondo de la estantería la forma blanca, rectangular, puesta verticalmente, apoyada. Cuando sacó el sobre, Nickers se abalanzó hacia él, mientras Morgan se quedaba mirándolo desconcertado e impresionado.

—Pero, ¿qué...? —empezó a preguntar.

Alastair le mostró el anverso del sobre.

Allí, sencillamente, constaba el nombre de Lavinia Travers.

* * *

Lavinia Travers abrió el sobre, y sacó tres pequeñas tiras de fotogramas. Miró desconcertada a Alastair.

—Podemos revelarlos, si lo desea.

—Claro... Sí, gracias.

—Volveremos en cuanto tengamos las copias.

Las copias estuvieron listas, ampliadas, hacia las dos y media de la tarde, cuando Lavinia, Nickers y Alastair terminaban en el cuarto de la muchacha un tardío desayuno. Tal como había ordenado Alastair, le fueron llevadas inmediatamente. El teniente les echó un vistazo, pero movió la cabeza y se las pasó a Lavinia, la cual, a su vez, miró las fotografías con gran interés. Pero acabó moviendo negativamente la cabeza.

—Lo mío es la química —dijo—, y aunque estoy fuerte en matemáticas, no entiendo esto. Parecen cosas de índole contable. Lo siento, pero no entiendo nada.

—Pues necesitamos un experto que...

—Conozco uno muy bueno —dijo Lavinia—, pero no creo que puedan utilizarlo: está en la cárcel...

* * *

—Señor Travers, soy el teniente Forrest, de Homicidios. El es el sargento Nickers.

Martin Travers, de pie ante los dos policías, los miraba con cierta acritud. Era de buena estatura, tirando a pelirrojo, pero de ojos oscuros e inteligentes, aunque cansados. No era un hombre feliz, evidentemente; al menos, en aquellos momentos. Volvió la cabeza al oír cerrarse la pequeña sala de visitas a los presos, y luego miró de nuevo a Alastair.

—¿De Homicidios? —murmuró—. ¿Quizá ahora he matado a alguien?

—Mal podría hacerlo, desde aquí dentro, señor —sonrió Nickers.

—Nos envía su hija —dijo Alastair.

—¿Lavinia? —pareció revivir Martin Travers—. ¿Cómo está...? ¿Por qué no ha venido ella?

—Nos ha parecido mejor que permaneciera en el Departamento, por ahora. Está como... invitada.

—De honor —dijo Nickers, amablemente.

Travers miraba de uno a otro. Alastair abrió el portafolios, y sacó las fotografías, que puso sobre la mesa.

—Su hija asegura que usted es capaz de entender todo esto que para nosotros es un galimatías. ¿Querría ayudarnos?

—Es una situación graciosa, ¿no?

—Según parece, tiene usted el mismo sentido del humor que su hija, señor Travers. Pero en este caso, sí, puede que la situación llegue a resultar graciosa... para usted.

—¿Qué quiere decir?

—Estos documentos obraban en poder del señor Kensler, el cual citó a su hija para entregárselos..., tras haberle dicho alegremente que tenía algo para ella. Me imagino que usted no sabe lo ocurrido... ahí fuera.

—¿Qué ha ocurrido?

Alastair señaló las sillas colocadas ante la mesa. Se sentaron los tres, y el teniente procedió a poner al corriente de lo sucedido a Martin Travers, que le escuchó entre incrédulo y horrorizado, mientras, a su vez, era observado con suma atención por los dos policías, que no perdieron uno solo de sus gestos.

Cuando la explicación terminó, y todavía como quien no puede creer lo que ha oído, Martin Travers tomó las fotografías, y comenzó a examinarlas, sin prisa, inescrutable el rostro... Pero, a

medida que iba enterándose de lo que allí se explicaba, en su rostro fue apareciendo una expresión de alivio y alegría que finalmente no pudo contener.

—¡Pero esto es... es maravilloso! ¡Teniente, aquí se demuestra bien claro que yo no fui el que llevó a cabo la malversación de fondos en la Texgas!

—Me alegro por usted, señor Travers. ¿Quién fue?

—Bueno, eso ya es más difícil de precisar, porque pudo haber sido cualquiera que...

—¿Incluso el señor Kensler?

—Sí. Cualquiera. Ya advertí de esto, pero no fui escuchado... O me pareció eso. Pero ahora veo —movió las fotografías— que Waldo estuvo trabajando en mi favor, en silencio, como un buen amigo. ¡Dios, pobre Waldo...! Sí, pudo ser él, pero no creo que lo fuese, ya que entonces no habría reunido estos documentos a mi favor.

—Al decir usted que pudo ser cualquiera, ¿se refiere a cualquier empleado de las oficinas de la Texgas o...?

—No, no. Nada de empleados corrientes. Estoy hablando de los altos cargos.

—¿Es suficientemente alto el de Cameron Lippman?

—Por supuesto.

Alastair asintió, mientras, fruncido el ceño, reflexionaba.

—Señor Travers, hay un punto que me gustaría comentar con usted... El señor Kensler fue asesinado con la pistola del señor Morgan, y en el arma sólo encontramos las huellas de éste. De no haber sido por el rojo de labios en el cigarrillo que encontramos en el cenicero, todas las sospechas, al menos inicialmente, se habrían dirigido hacia el señor Morgan pese a que se utilizó un pañuelo para no dejar huellas..., cosa que también, para despistar, podría haber hecho el propio señor Morgan. Acertados o no, habríamos ido a por él, en principio, y sólo el rojo de labios orientó las investigaciones de otra manera desde el principio... ¿Me ha comprendido?

—Desde luego. ¿Cuál es la consulta?

—Supongamos que debido a las pruebas circunstanciales nos hubiésemos dedicado al señor Morgan, y, como ha ocurrido con usted, lo hubiésemos detenido, acusado de asesinato, y estuviese también en la cárcel. ¿Qué habría representado todo esto para la Texgas?

—Ya comprendo... Bien, yo en la cárcel, Jeb en la cárcel, y Waldo muerto, no cabe duda de que la alta dirección de la Texgas se habría debilitado considerablemente, convirtiéndose en un... bocado bastante fácil para otras entidades o personas —el padre de Lavinia sonrió un tanto irónicamente—. ¿Me ha comprendido, joven?

—Sí, señor —sonrió Alastair Forrest.

—Magnífico. ¿Cuándo salgo de aquí? Porque con estos documentos fotografiados...

—Puede usted salir en cuanto yo haya presentado estos documentos a quien corresponde..., o bien, si todavía quisiera ayudarnos un poco más, esperar a que el sargento Nickers y yo terminemos nuestro trabajo.

—Lo que será más o menos el mismo tiempo, porque nos vamos a por Lippman inmediatamente —intervino Nickers—. De todos modos, señor Travers, usted nos haría un favor, y su hija permanecería a salvo completamente si esperamos el resultado final de nuestro trabajo. Y que conste que no he mencionado la seguridad de su hija para coaccionarlo. Es libre de elegir lo que guste..., y nosotros comprenderemos que decida salir detrás de nuestros talones.

Martin Travers miró a uno y otro policía, se puso en pie, y murmuró:

—Esperaré.

—No será mucho —aseguró de nuevo Nickers—. Seguramente, mañana por la mañana, porque nosotros vamos ahora a por Cameron Lippman.

* * *

Estaba anocheciendo cuando Alastair y Nickers llegaron, poco más tarde de las siete, a la funeraria donde los cadáveres de Waldo y Susan Kensler esperaban el momento de ser enterrados. Por medio de la radio del coche los dos policías sabían que Cameron Lippman estaba allí, en la funeraria, convertido en imprescindible, en algo así como el anfitrión de los muchos amigos de los Kensler que habían desfilado y seguían desfilando ante los cadáveres, y, algunos se quedaban allí largos rato.

Cerca de la funeraria estaba el coche con los dos detectives encargados en aquel turno de la vigilancia de Lippman. Fuese adonde fuese, lo seguirían..., aunque era poco probable que fuese ya a ninguna parte, pues Alastair llegaba con la firme determinación de detenerlo, llevarlo al Departamento, y presionarlo adecuadamente.

Salieron del coche, hicieron un apenas perceptible saludo hacia el de sus compañeros, y entraron en la funeraria, que tenía un nombre muy bonito: Pompas Fúnebres Orquídea. Nickers farfulló algo al respecto, y preguntó a un empleado por el departamento donde reposaban los restos de los Kensler.

Segundos más tarde, entraban allí. Había bastante gente, se conversaba en tono mesurado, no se fumaba. En el centro del compartimiento, sobre un amplio catafalco forrado de terciopelo

negro, estaban los dos féretros.

Por supuesto, los Basehart y los Cavendish estaban allí, fieles amigos hasta la muerte. Y también estaba de nuevo Jebediah Morgan, que al ver a los dos policías se acercó a ellos presurosamente.

—Ah, teniente, ustedes por aquí... ¿Qué tal, sargento?

—Estamos buscando al señor Lippman.

—Hace rato que no lo veo. Y tampoco encuentro a Helen... Mi prometida, ¿recuerdan?

—Naturalmente —asintió Alastair—, Una rubia preciosa, señor Morgan.

—Gracias. ¿Qué pasó con aquel sobre? El que...

—Sí, sí. Hemos estado con la señorita Travers, y ya obra en su poder. Perdónenos, señor Morgan, pero tenemos que localizar al señor Lippman...

—¿Cameron? —dijo Cavendish, que se había acercado—. Me parece que le vi entrar en la capilla no hace mucho.

—Gracias, señor Cavendish. Discúlpennos, por favor.

Salieron del compartimiento, y localizaron a los pocos segundos la capilla.

—¿Crees que la prometida de Morgan puede estar con Lippman. Alastair? —murmuró Nickers.

—Puestos a complicar las cosas, no me sorprendería. Pronto lo sabremos.

Nickers abrió la puerta de la capilla, entró Alastair, el sargento lo hizo detrás. Había solamente tres personas dentro: un matrimonio de edad avanzada, sentados juntos en uno de los primeros bancos, y Cameron Lippman, sentado en uno de los últimos. Nickers se aseguró con un vistazo más atento de que Helen Jones, la rubia prometida de Morgan, no estaba allí. Alastair hizo un gesto con la barbilla hacia Lippman, y fueron hacia él. Lippman estaba con las manos entrelazadas sobre el vientre, la cabeza caída sobre el pecho, en actitud profundamente meditativa, recogida. Los dos policías estuvieron mirándolo unos segundos. Finalmente, Nickers carraspeó, pero Lippman continuó ignorándolos.

El sargento caminó hacia él por entre los dos bancos, y le tocó en un hombro.

—Señor Lipp...

El cuerpo de Cameron Lippman se decantó hacia el otro lado, cayó de costado en el banco, y rebotó, cayendo al suelo entre los dos bancos, sin separar sus manos. Nickers, que había quedado mudo y pálido, reaccionó, volviendo la cabeza hacia Alastair, que ya se acercaba presurosamente.

—Alastair, está muerto —jadeó Nickers.

Alastair llegó, colocaron entre los dos a Lippman en el banco, y se quedaron mirando sin comprender aquel rostro levemente crispado. No se veía señal alguna de violencia en el cuerpo. Nickers pasó una mano bajo la nuca del cadáver, para colocarla mejor... Quedó un instante inmóvil. Luego, lentamente, retiró la mano, y la mostró a su jefe: estaba manchada de sangre.

—Todavía está caliente —dijo Nickers.

—Ve a decirles a los muchachos que vigilen las salidas... ¡Que llamen pidiendo ayuda inmediatamente! Que rodeen la funeraria, que vigilen todos los coches que hay cerca... ¡Yo buscaré a la prometida de Morgan!

—¿A la prom...? ¡Dios!

Nickers se estremeció, notó cómo se le erizaba el vello. Alastair lo empujó suavemente.

—Vamos, Derek.

—Sí... Sí, sí.

Nickers corrió hacia la puerta. Alastair miró al matrimonio que estaba en los primeros bancos, y que se había puesto en pie y vuelto hacia ellos. En la sedante penumbra de la capilla, Alastair vio los muy abiertos ojos de ambos.

—¿Quién ha estado aquí hace unos minutos? —preguntó—. ¿Una señorita rubia?

El hombre tartamudeó algo. Alastair comprendió que no habían visto nada de lo que ocurría tras ellos, y corrió hacia la puerta, gritando:

—¡No toquen nada! ¡Y no salgan de aquí!

Cuando salió al pasillo, Nickers ya no estaba a la vista. Echó a correr hacia el compartimiento de los Kensler, tropezando con uno de los hombres que salían de un compartimiento vacío en el mismo pasillo, haciéndole tambalearse.

—Perdón —masculló el policía.

Siguió corriendo..., pero se detuvo en seco pocos pasos más allá. ¿Qué hacían aquellos dos hombres en un compartimiento vacío? Desde luego, no eran empleados de la funeraria. Oyó tras él las rápidas pisadas alejándose, y se volvió rápidamente: los dos hombres corrían hacia la salida.

—¡Alto! —gritó Alastair—, ¡Deténganse!

Ni caso. Los dos hombres desaparecieron en una esquina del pasillo. Alastair se encontró con su pistola en la mano y corriendo en pos de los dos sujetos. Por un lado, se sentía desconcertado; por otro tras la reacción, había catalogado rápidamente a los dos hombres como gente de cuidado. La revelación de que, sin duda, pertenecían a la calaña de los profesionales del crimen, como

Blossom y Tucker, le hizo sujetar la pistola con más fuerza, y aumentar la velocidad de su carrera.

Oyó un grito de mujer, luego gritos de un hombre. Dobló la esquina del pasillo, y vio a una mujer caída en el suelo, y a un hombre inclinándose para ayudarla a ponerse en pie... Cuando pasó por su lado todavía oyó algunas palabras que mascullaba el airado marido:

—... salvajes sin educ...

Cuando apareció en el vestíbulo de la funeraria pudo ver todavía, saliendo de ésta, a uno de los perseguidos. Pero ni siquiera pudo terminar el gesto para apuntarle, tan breve fue la visión.

Un instante más tarde, salía él de la funeraria, a la amplia avenida ya iluminada.

—¡Derek! —aulló—. ¡Derek, esos dos que han salido...!

Los vio entonces, mientras gritaba.

—¡Alto! —gritó de nuevo.

Uno de los hombres se volvió sin dejar de correr, y disparó. No se oyó nada, sólo se vio un levísimo fogonazo..., mientras en otro lugar sonaba el estampido de una pistola. El sujeto que había disparado lanzó un grito, saltó en el aire, y cayó rodando..., mientras el otro seguía corriendo. Alastair vio a Derek casi en el centro de la avenida, apuntando al fugitivo. Distinguió el rostro de su compañero, blanco, crispado.

¡Crack, crack!

El fugitivo se tambaleó un instante, pero continuó su veloz carrera. Llegó a un coche cuando Alastair corría en dirección a él, a pocos pasos por detrás de Derek Nickers.

—¡Derek, cuidado...!

Se oyó el rechinar de unos neumáticos... El coche de los dos detectives encargados de vigilar a Cameron Lippman se separó de la acera, giró espectacularmente en el centro de la calzada, y quedó orientado hacia el fugitivo;..., cuyo coche se ponía en marcha en aquel momento, también rechinando los neumáticos...

Fue alucinante.

—¡Cuidado! —gritó Alastair, apartándose del centro de la calzada—. ¡Braxton, Killian, cuidado...!

El coche del fugitivo acudía como un bólido hacia el de los detectives, lanzando, sus luces largas, haciendo saltar chispas del asfalto con los neumáticos, chirriando todo, reluciendo todo... Era obvio que esperaba que el coche de los detectives se apartara, le dejase libre la calzada, pues lo contrario significaba un choque frontal que podía ocasionar la muerte de los tres ocupantes de los dos vehículos.

Y, en efecto, el fugitivo acertó. Los dos policías no eran ni locos ni suicidas, así que desviaron la marcha de su coche, que fue a estrellarse, blandamente, de morro, contra una farola..., mientras el otro coche pasaba rugiendo en dirección opuesta.

¡Crack!, disparó de nuevo Derek Nickers.

El cristal de la ventanilla delantera izquierda saltó en una reluciente lluvia de diminutos cristales, y en el acto, el coche fugitivo se desvió hacia la derecha, luego hacia la izquierda, llegó a subir un bordillo, regresó a la calzada, derrapó, dio una vuelta, otra más, y quedó tendido en el centro de la calzada, ruedas arriba, todavía girando las cuatro, mientras seguía cayendo más lluvia de diminutos cristales.

Alucinante.

Alastair y Nickers hicieron caso omiso de esto, de momento. Los dos corrieron hacia el coche de sus compañeros, del cual salían en aquel momento ambos detectives, tambaleándose, uno por cada puerta. Uno de ellos, tras dar un par de pasos, se sentó en el bordillo, y se llevó las manos a la cabeza, y el otro corrió como pudo hacia él.

Llegaron los tres a la vez, y Alastair vio en seguida la sangre en la frente del detective. Apartó sus manos, y vio la brecha. Pero, al mismo tiempo, vio la mirada del herido, y sonrió de oreja a oreja.

—Bueno, Braxton, vas a tener un hermoso bordado en la frente dentro de poco, pero eso será todo.

—Se puede hacer la cirugía estética —jadeó Nickers—. ¡Hijos de la gran puta que...!

—Cálmate, Derek. Y mira a ver si la radio funciona, para pedir una ambulancia. Si no, ve a nuestro coche. Killian, atiende a Braxton, ponle en la frente un pañuelo, o su camisa, lo que sea. ¿Estás bien tú?

—Yo sí, pero mis costillas no mucho. Aguantarán.

La radio del coche policial estrellado contra la farola todavía funcionaba, y Nickers pidió la ambulancia. A lo lejos se oía ya una sirena, acercándose. Frente a la funeraria, y en los jardines de algunos chalets cercanos, se veía gente.

—Vamos a ver al otro —murmuró Alastair.

—Debe estar muerto —se disgustó Nickers.

Al pasar se detuvieron junto al que primero había sido abatido por Nickers. Estaba muerto.

Pero no el del coche, cuyas ruedas habían dejado de girar. Lo vieron en el asiento delantero, retorcido, pero una mano de Alastair llegó hasta su cuello, donde percibió los latidos.

—Hay que sacarlo cuanto antes, no sea que el coche se incendie.

El coche patrulla llegó, y su dotación ayudó a Alastair y Nickers a

sacar al herido, que quedó depositado en la calzada. Llegó otro patrullero, y dos minutos más tarde, otro más. La tranquila avenida había perdido su habitual sosiego, cada vez se veía más gente acudiendo de todas partes.

Alastair refunfuñó:

—Llamen más coches si es necesario, pero que nadie se acerque. Derek, ven conmigo.

—Me he cargado a un tipo —murmuró Nickers—. Bueno, uno y medio.

—Te darán una medalla: son de la misma camada que los dos que fueron a por Lavinia.

—Sí, ya lo sé, pero...

Alastair lo tomó de un brazo, y tiró de él hacia la funeraria. Una de las primeras personas que vieron fue Jebediah Morgan, que estaba inquieto a más no poder, y que acudió a su encuentro.

—Teniente, no encuentro a Helen. ¡Y no lo comprendo! Estaba con todos en...

—Cálmese, señor Morgan. La encontraremos... Pero será mejor que usted se quede aquí. No entre, créame.

—¿Por qué? ¿Qué quiere decir?

Morgan estaba demudado. Alastair no contestó. Entró en la funeraria, seguido de su inseparable Nickers, amigo, compañero... y discípulo aventajado.

—¿Creos que también la han matado? —murmuró Nickers.

—Si el asunto es como últimamente me ha parecido comprender, no me sorprendería. Vamos a mirar el compartimiento del que vi salir a esos hombres.

No había nadie en aquel compartimiento. Nickers miró interrogante a Alastair, que gruñó:

—La estaban buscando. A ella o a alguien. Sigamos mirando por aquí, Derek.

Salieron del compartimiento funerario, y, cuando pasaban ante la entrada del siguiente, oyeron los sollozos en el de enfrente. Se miraron, y corrieron a la vez hacia allí. Dentro del compartimiento, los sollozos se oían con más nitidez, detrás de la tarima, ahora descubierta, que servía de catafalco. En un instante, los dos estuvieron tras la tarima.

Helen Jones, la preciosa rubia, estaba allí, sentada en el suelo, con las piernas recogidas, todo el cuerpo encogido, los ojos llenos de lágrimas... A través de éstas, vio dos hombres de pie ante ella, y gimió:

—No... A mí, no... ¡A mí, no, por favor, a mí no...!

Alastair se acuclilló ante la muchacha, y la agarró por una muñeca.

—Señorita Jones, no tiene nada que temer... Somos la policía. Forrest y Nickers, ¿recuerda?

—A mí no. a mí no... ¡Por Dios, a mí no...!

—Está histérica —dijo Nickers.

Alastair se irguió, asintiendo.

—Muy normal, considerando que dos hombres la estaban buscando para asesinarla, como habían hecho con Lippman. —O sea, que ella también tiene algo que ver en esto, ¿no? —Me parece que sí, Derek.

Pero tendremos que esperar a que se serene, para llevarla al Departamento e interrogarla.

* * *

Eran casi las tres de la madrugada cuando Alastair Forrest recibía de manos del mecanógrafo la declaración que, entre balbuceos, sollozos y trémolos, había hecho Helen Jones. Sentados en un banco del Departamento, estaban Jebediah Morgan y sus tres abogados, muy serios éstos, lívido aquél, como aniquilado, fija la mirada en el suelo. Frente a una de las mesas, Helen Jones.

Alastair se sentó tras la mesa, y Nickers quedó de pie junto a ésta, mirando a la muchacha.

—Señorita Jones, hemos pasado a máquina su declaración, pero antes de dársela a firmar, y en presencia de los abogados del señor Morgan, que los ha puesto a disposición de usted, quiero resumírsela, para que diga usted si está conforme o no. ¿Le parece bien?

Helen Jones asintió, baja la cabeza.

—Bien... Según usted, un alto ejecutivo de la Texgas Newfire llamado Chris Devonshire, es quien los... contrató a usted y al señor Lippman hace tiempo. Al señor Lippman, porque ya estaba dentro de la Texgas, y a usted, que comenzaba a relacionarse con el señor Morgan, para que llegase hasta donde éste le propusiera, preferiblemente el matrimonio, hacia el cual debía usted... conducirlo. ¿Voy bien por ahora?

—Sí... Sí.

—Gracias. La idea del señor Devonshire era que entre usted y el señor Lippman fuesen debilitando el grupo directivo de la Texgas hasta el punto de que llegase el momento en que la compañía, falta de dirección, pudiera ser... absorbida por la Texgas Newfire. Pero, bien claro hemos entendido que no ha sido la Texgas

Newfire la que ha organizado todo esto, sino el tal señor Devonshire, por ambiciones particulares, que se habrían cumplido cuando la Texgas Newfire se hubiese... comido a la Texgas. El señor Devonshire esperaba, entonces, pasar a dirigir personalmente la Texgas dentro de la Newfire, con lo que podría enriquecerse en lo personal por medio de manejos cuyo alcance queda fuera de la investigación policial y será afrontada por expertos. Para conseguir todo esto, el señor Devonshire no sólo les contrató a usted dos, sino que recurrió también a asesinos profesionales. ¿Acepta esto, señorita Jones?

—Sí.

—Bien. Usted tenía que casarse con el señor Morgan, y convertirse en su heredera, a fin de que, no mucho tiempo más tarde, cuando el señor Morgan falleciese de un «accidente», pasara a ser propietaria de sus acciones de la Texgas, que pondría al servicio de los intereses del señor Devonshire. Mientras tanto, el señor Lippman quitaba de en medio a un experto como es Martin Travers, y luego, tras enamorar a la señora Kensler, proseguía con el plan: se trataba de matar a Waldo Kensler de tal modo que las pruebas acusasen al señor Morgan, de tal modo que, si esto daba resultado, sería innecesario preparar más adelante el «accidente». Es decir, que se preparaba la eliminación del señor Morgan dentro de la Texgas, y, al mismo tiempo, se mataba al señor Kensler, por doble motivo. Uno, quitarlo de la dirección de la Texgas. Dos, que Susan quedase viuda, y poco después se casara con Lippman, quien, naturalmente, la convencería de que le dejara utilizar las acciones a su gusto. Susan Kensler se enamoró locamente de Lippman, y estaba dispuesta a todo con tal de convertirse en su esposa. Y así, plan parcial tras plan parcial, se iría llegando subrepticamente al control de la mayoría de acciones dentro de la Texgas por parte del señor Chris Devonshire ya mencionado. ¿Es correcto todo esto, señorita Jones?

Helen Jones asintió en silencio esta vez, siempre fija la mirada en el suelo.

—Pero —prosiguió Alastair—, la misma noche de la fiesta, y siempre según las declaraciones de usted, el señor Lippman ya le dijo al señor Kensler, mientras tomaban el aperitivo, que tenía que hablarle sobre su divorcio de Susan. Gran sorpresa para Waldo Kensler, que ni remotamente sospechaba que su esposa estaba engañándole hacía ya tiempo con el señor Lippman. El pobre hombre quedó anonadado, además de sorprendido. Pero, reaccionando, pues amaba mucho a su esposa, le dijo a Lippman que si no dejaba en paz a Susan, él lo iba a denunciar como auténtico autor del desfalco por el que el señor Travers está pagando en la cárcel a la espera del juicio

definitivo. Lippman se sobresaltó a su vez, y le dijo a Kensler que era mejor que hablasen luego con tranquilidad, lo cual, precisamente, entraba dentro de sus planes para matarlo: tenía que hacerle acudir a la biblioteca a una hora de la madrugada, y por eso, para que el otro no se negase, le había dicho con anterioridad cuál iba a ser el tema de la conversación «entre gente civilizada»: él, Lippman, «amaba» a Susan, y le pedía que aceptase divorciarse de ésta, etcétera, etcétera, etcétera. Puestas así las cosas, el señor Kensler, que estaba tan contento porque iba a darle a Lavinia Travers la buena noticia de que había descubierto que su buen amigo Martin Travers no era culpable, tuvo que... posponer esa revelación a Lavinia Travers. Antes, tenía que ver qué pasaba con Cameron Lippman. Waldo Kensler todavía tenía esperanzas de que si le ofrecía a Lippman su silencio, Lippman dejaría a Susan, y él podría seguir teniéndola. Pero, lo que pasó era lo previsto: que tras una conversación entre Lippman y Kensler, destinada más que nada por parte de Lippman a asegurarse de que nadie más rondaba despierto por la casa, Lippman disparó contra Waldo Kensler con la pistola del señor Morgan, matándolo. ¿Correcto?

—Sí... Todo... todo es correcto.

—De acuerdo. Lo demás, ya lo sabemos todos: es lo referente a las manchas de rojo de labios en la punta del cigarrillo que fumó Cameron Lippman, y que, al ponernos al sargento Nickers y a mí en esa pista, lo hizo tambalear todo. Usted, presionada por Lippman, se las arregló para llamar al señor Chris Devonshire y decirle que la señorita Travers era un peligro, y el señor Devonshire envió allá a dos profesionales del crimen. Fallaron, y entonces, usted y Cameron Lippman comprendieron que, para evitar que Susan dijera que había sido Lippman quien había matado a su marido, había que eliminarla, y de eso se encargó Lippman. Pero más tarde, en mi conversación con Lippman, éste comprendió que las cosas se iban poniendo cada vez peor, y cometió el error de avisar de nuevo al señor Devonshire... Y digo error porque la reacción de éste al verlo todo tan complicado y hasta peligroso para él, fue enviar a por ustedes a otros dos asesinos. Uno de éstos localizó al señor Lippman, le dijo que tenía un recado para él de parte de Devonshire, y que le esperase en la capilla. Lippman fue a la capilla, y poco después vio entrar al hombre, que fue a sentarse detrás de él. Lippman no sospechó nada, porque creía que el hombre se ponía allí para disimular. Pero lo que hizo el asesino fue sujetarle la cabeza desde atrás y clavarle en la nuca un punzón, que hemos encontrado en los bolsillos del superviviente. Usted vio poco después a Lippman en la capilla, estaba impaciente, quería saber cómo estaban las cosas... Y en cuanto se dio cuenta de que Lippman había sido asesinado, comprendió, y se escondió. Y así fue como la encontramos nosotros. ¿Sí?

—Sí... Sí, sí.

—Señorita Jones, si usted firma esto ahora, no sólo será detenido el señor Chris Devonshire, sino usted misma, acusados ambos de instigación y complicidad criminal. ¿Lo entiende?

—Sí.

—Bien. ¿Está conforme con la descripción que he hecho de la declaración de usted? ¿Es correcta?

—Es... es correcta.

Alastair empujó las páginas hacia la bella rubia, y le tendió un bolígrafo.

—¿Quiere firmar, señorita Jones?

Helen Jones miró entonces, por primera vez, a Jebediah Morgan, millonario, cincuenta y dos años, hasta hacía poco el hombre más feliz del mundo ante la perspectiva que le ofrecía el amor de tan bella mujer. Hubo en los ojos de Helen Jones una súplica, una petición. Jebediah Morgan miró al portavoz de sus abogados, y éste movió la cabeza apenas, muy discretamente, pero con un claro gesto negativo: no había nada que hacer. No sólo estaba la confesión de Helen Jones, sino la que seguiría del asesino hospitalizado, y luego la del propio promotor de todos aquellos asesinatos, Chris Devonshire. No había nada que hacer.

Jebediah Morgan volvió a mirar a la preciosa rubia, que de nuevo le suplicó con la mirada. Jebediah Morgan no contestó, no hizo gesto alguno. Simplemente, permaneció inmóvil, mientras las lágrimas comenzaban a deslizarse por sus rollizas pero ahora palidísimas mejillas.

Helen Jones suspiró, tomó el bolígrafo, y comenzó a firmar su declaración.

Martin Travers alzó las cejas, con gesto de agradable sorpresa al ver al visitante.

—Caramba, teniente..., ¿usted por aquí? Espero no haber hecho nada malo, ¿eh?

—Yo también lo espero. Además, señor Travers, ésta es mi noche libre, así que no podría detenerlo, al estar fuera de servicio.

—Aaah... Claro, por eso no le acompaña su amigote. ¿Dónde está el simpático y malgeniado sargento Nickers?

—Debe estar complaciendo a su esposa... Quiero decir —se apresuró a añadir— que la debe haber llevado a cenar a algún sitio, luego a tomar una copa, o al cine... Cosas así.

—Por supuesto. Bueno, ¿eso es todo? ¿O quiere pasar?

Alastair asintió, y entró en la casa de Lavinia Travers. Fueron los dos al saloncito, en el momento en que Lavinia aparecía, procedente de la cocina, preguntando:

—Papá, ¿quién ha llamad...?

—Buenas noches, señorita Travers —masculló Alastair.

Martin Travers miró de reojo a su hija, y la vio sonrojarse; pero no de vergüenza precisamente, sino de alegría.

—Oh, teniente... ¡Qué sorpresa!

—Sí, lo... lo supongo. Bueno, tenía la noche libre, y quise pasar a saludar a su padre, saber si estaba bien...

La mirada de Martin Travers volvió hacia su hija, esperando el hombre la respuesta de Lavinia.

—Sí, sí, papá está muy bien, ¿verdad, papá? Ha sido una experiencia desagradable, pero seguramente le será útil. ¿Verdad, papá?

Sin molestarse en responder, Martin Travers miró a Alastair.

—Bueno —dijo éste—, me alegro mucho, de veras. Bien...

—Estaba preparando la cena —dijo Lavinia, bajo la irónica mirada de su padre—. Quizá le gustaría cenar con nosotros. Es decir, si las noches libres no las tiene ya... comprometidas con otra persona, teniente.

—Pues no... No, no.

—Entonces, ¿se queda?

La mirada de Travers volvió hacia Alastair.

—No quisiera molestar...

—No, no molesta. ¿Verdad, papá?

Martin Travers, por fin, soltó un bufido, y se dirigió hacia la puerta del saloncito, desde donde se volvió, mascullando:

—¡Al demonio con vosotros, par de bobos!

—¡Papá! —enrojeció de nuevo Lavinia.

—Me voy a cenar por ahí, y luego pasaré la noche en el apartamento de la ciudad. Tengo ganas de conversar con alguien que no ponga cara de tonto... ¡Par de memos!

Segundos después, se oía el portazo. Alastair parpadeó. Lavinia miró el techo, luego el suelo, después una pared...

—Ejem...

—¿Sí, teniente? —lo miró vivamente.

—Su padre... es un hombre muy peculiar.

Lavinia Travers quedó pasmada. Y de pronto, volvió a enrojecer, ahora de ira.

—¿Mi padre es peculiar? —exclamó—. ¡Hombre, esta sí que es buena! ¿Pues qué podríamos decir de usted? ¡Desde el primer día que me vio ha estado mirándome como si yo fuese un pastel, y ahora que lo tiene a su disposición, ahora que el pastel está deseando ser comido, se queda ahí como un larguirucho pasmado, no dice más que tonterías, y... y...! ¡Cielos! ¡Serás pasmarote, teniente...!

Dicho esto, Lavinia salió disparada hacia la cocina.

Un minuto más tarde, Alastair Forrest apareció por detrás de ella, la abrazó por la cintura, y la besó en la nuca.

—¿Qué tenemos para cenar? —preguntó.

—Pan con pan, que es comida de tontos —refunfuñó ella.

El policía la hizo girar en sus brazos.

—¿Y después del pan?

—No sé si te gustará mi siguiente oferta: amor.

—Me gusta —asintió Alastair, inclinándose hacia la boca de Lavinia.

—Te advierto —susurró la muchacha, de nuevo roja de placer—, que llevo rojo de labios.

—Me gusta tu tono de labios —susurró Alastair Forrest—. En realidad, me gusta todo de ti, y puesto que estás deseando ser comida..., ¿qué tal si empiezo por los labios?

Empezó.

Y todavía sigue.

FIN

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.